

---

# DESDE TOLEDO A MADRID

---

Personas que hablan en ella:

- **Don BALTASAR**
- **Doña MAYOR**
- **Don ALONSO, viejo**
- **Don LUIS**
- **Doña ELENA**
- **Don FELIPE**
- **Don DIEGO**
- **CARREÑO, criado**
- **CASILDA, criada**
- **PACHECO, criado**
- **GARCÍA, criado**
- **MEDRANO, cochero**
- **CARRETEROS**

## ACTO PRIMERO

*Don BALTASAR, en traje bizarro de camino, baja por la escalera envainando la espada*

BALTASAR: Milagro fue no matarme,  
cuando el tejado salté.  
La casa ignoro en que entré.  
¿Si en ella podré librarme  
de la justicia? Escalera  
es ésta, luz hay aquí.--  
Si le maté, defendí  
mi vida.-- La vez primera  
que llego, Toledo, a verte,  
¿de este modo me recibes?  
¿A extranjeros apercibes  
agrados y a mí la muerte?  
Ruido en la calle siento;  
diligencias por mí hará  
la justicia; abierto está

y con luz este aposento;  
    entraré a favorecerme  
en él de quien le habitare.

*Viénese a la alcoba*

Su piedad mi vida ampare;  
que bien puedo prometerme  
    de la autoridad y traza  
de esta noble habitación  
que sus señores lo son:  
el riesgo que me amenaza  
    asegura la nobleza  
que en tales casas se cría.

*Cierra de golpe la puerta de la alcoba*

Sin advertir lo que hacía,  
cerré la puerta. La pieza  
    está tan bien adornada,  
que califica a su dueño.--  
¡Señores! ¿No hay nadie? --Al sueño  
el que habita esta posada  
    pagará el común tributo.  
Una cama de tabí  
está descompuesta aquí:  
socorro pido sin fruto.  
    Poco ha que sola quedó,  
porque entre su ropa advierto  
que, a semejanza del muerto  
que el alma desamparó,  
    conserva el calor vital  
en muestras de lo que fue.  
¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?  
¿Vióse confusión igual?  
    Hallándome aquí encerrado,  
doy sospecha a una bajeza,  
indigna de la nobleza

que mi sangre ha profesado.  
¿No es mejor salir y dar  
cuenta al dueño de esta casa  
del infortunio que pasa  
por mí, y humilde obligar  
su generoso favor?  
¿Quién lo duda?

*Procura abrir la puerta y no puede*

¡Ay Dios! la puerta  
que halló mi temor abierta  
la cerró el mismo temor.  
¿Qué es esto, enemiga estrella?  
De golpe es, y sin la llave,  
sólo amor y el hurto sabe  
averiguarse con ella.  
Si arranco la cerradura  
con la daga, soy perdido,  
pues los golpes y el rüido,  
que al dueño avisar procura,  
ha de aumentar la sospecha  
de quien puertas descerraja:  
por todas partes me ataja  
la fortuna, satisfecha  
de ordinario en perseguirme.  
¡Válgame Dios! ¡Qué de cosas  
se eslabonan prodigiosas,  
de que no puedo evadirme!  
¿Hay sucesos más atroces?  
Si el huésped viene y me ve  
aquí, ¿cómo prevendré  
¡cielos! las primeras voces  
que han de alborotar la casa  
y calle, que me persigue,  
antes que cortés le obligue  
a escucharme lo que pasa?  
Una ventana hay aquí;  
echarme de ella es mejor.

*Asómase*

Su altura me causa horror.

¡Cielos! ¿Dónde me metí?

Mujer parece que mora  
esta cuadra; estrado es éste,  
porque más riesgos me apreste  
mi estrella perseguidora;

pues claro está que al instante  
que me vea, hará mayor  
mi presencia su temor,  
y que no ha de ser bastante  
mi humildad a asegurarla.

Sí, mujer es principal;  
que tanto adorno y caudal  
basta, ausente, a autorizarla.

Sillas bajas, contadores,  
bufetillos de marfil  
y ébano, ajuar femenino,  
arquillas, aguas de olores  
en pomos (si ya no son  
Jordanes, cuyas virtudes  
efímeras juventudes  
venden a la ostentación)  
publican quién es el dueño.

Sobre este bufete están  
ropa y basquiña, que dan  
muestra de no ser pequeño  
el valor de quien las viste.

Apenas el oro en ellas  
permite lugar de velas:  
a venir yo menos triste,  
en la beldad contemplara  
de quien son curiosa esfera.

Encima la cabecera  
(¡qué poco el temor repara!),  
hay medias y zapatillas,  
en cuyo ámbar y rosetas

pudieran gastar poetas  
dos resmas de redondillas.

¡Qué pequeña el alma es  
que se organiza en su estrecho!  
Traiga este melindre al pecho  
quien le calza, y no en los pies.

Las ligas, aunque dobladas,  
muestran la curiosidad  
de su limpia ociosidad,  
guarnecidas y encarnadas.

Almohadilla y bastidor  
está sobre aquel estrado;  
no es tan ocioso el cuidado  
de quien hace esta labor.

De cera es esta bujía,  
y de plata el candelero;  
al paso que considero  
la autoridad, policía  
y adorno que viendo estoy,  
crece en mí con el respeto  
el recelo: a extraño aprieto  
forzosos motivos doy.

¿No será bueno matar  
la vela, por si entra a oscuras,  
y sin verme, mis venturas  
me pueden fuera sacar?

Sí; que detrás de la puerta,  
en acabando de abrir,  
seguro podré salir.

Pero no; que la luz muerta,  
los indicios acrecienta  
de mi sospechosa entrada.

Si de gente acompañada  
vuelve, y en este aposento

me ven, ¿quién podrá obligarlos  
a que mis desgracias crean?

¡Qué de males me rodean!

¡Qué mal que puedo escusarlos!

Mucho tarda: ¿qué he de hacer?  
Rendiré a sus pies mi espada;  
pero estando ensangrentada,  
más la obligaré a temer  
    que a lastimarse de mí.  
Persuadiréla cortés,  
arrojándome a sus pies;  
podrá ser la obligue así.  
    Y cuando no, y voces diere,  
padre o tío acudirá,  
que piadoso escuchará  
lo que humilde le dijere;  
    lastimarás de un caso  
tan digno de su favor,  
hará alarde su valor,  
dando a mis desdichas paso,  
    desmentirá mi presencia  
sospechas ocasionadas;  
de mocedades pasadas  
su vejez tendrá experiencia;  
    diréle cómo hijo soy...  
Si en Córdoba acaso estuvo,  
o noticia alguna tuvo  
de mis padres, libre estoy.  
    Algo aliente mi sosiego  
con esto. ¡Qué de ello tarda!  
¡Lo que padece el que aguarda!  
Cada vez que a tocar llego  
    la cerradura, imagino  
que tengo de hallarla abierta.  
¡Que cerrase yo la puerta!  
Nunca es cuerdo el desatino.  
    Cansado de pasearme  
estoy; quírome asentar.

*Se sienta en una silla a la cabecera de la cama*

Anoche con caminar,  
agora con desvelarme,  
    en el sosiego primero  
convido al sueño y reposo;  
mas no duerme el cuidadoso  
que espera lo que yo espero.  
    ¡Válgame Dios! ¿si murió  
el ignorante atrevido  
que, ciego e inadvertido,  
por otro me acometió?  
    "Confesión", dijo. ¡Oh enfadoso  
sueño, que a quien le tributa,  
si como pobre ejecuta  
cobra como poderoso!  
    Por lo menos dormirar  
se me puede permitir;  
que al rüido del abrir  
fácil será despertar.

*Duérmese, y pocos momentos después  
abren la puerta. Salen CASILDA y doña MAYOR*

MAYOR:           Jurara, Casilda, yo  
                    que me dejé abierto aquí.  
CASILDA:        Si cerró el viento tras ti,  
                    tu descuido reprendió.  
MAYOR:           Esta vez pensé quedar  
                    sin padre.  
CASILDA:            Cuando muriera,  
                    nunca otro mal nos viniera.  
MAYOR:        ¿Estás loca?  
CASILDA:            Es un pesar  
                    el de herencias, según siento,  
que, aunque cubierto de luto,  
llora risas por el fruto  
que espera, como el sarmiento.  
                    No son mortales los daños  
que la hacienda consoló.  
MAYOR:        Más quiero a mi padre yo;

Dios me le guarde mil años.

¡Rigurosos accidentes!

CASILDA: Jurara que se moría.

MAYOR: Ya duerme.

CASILDA: Tal batería  
hubo de paños calientes.

MAYOR: ¡Qué enfermedad tan pesada!

CASILDA: En los viejos es común;  
que en ellos, sin ser atún,  
no come el mal sino hijada.

MAYOR: Vete, Casilda, a acostar,  
pues hay luz en mi aposento.  
¿Qué hora es?

CASILDA: Campanas siento,  
que deben de despertar  
al alba.

MAYOR: ¿Tan tarde?

CASILDA: Agora  
madruga la primavera,  
de las flores camarera,  
y abotónalas, señora.

MAYOR: ¿Poetizas?

CASILDA: ¿Qué he de hacer?  
Andar al uso es razón;  
de críticos y vellón  
no nos podemos valer;  
probóme también la tierra.--  
¿Cuándo piensas levantarte?

MAYOR: A las diez.

CASILDA: Vendré a llamarte  
y a vestirte.

MAYOR: Vete y cierra.

*Vase CASILDA con la luz que trajo, y cierra*

MAYOR: Durmiera yo con sosiego,  
de desvelos jubilada,  
a estar desembarazada  
el alma, que al gusto entrego



de mi padre, más que al mío.  
A casarme a Madrid voy,  
y enamorada no estoy;  
voluntad ¿no es desvarío?

Diréis que sí, y con razón;  
que tiene (o será ignorancia)  
amor la primera instancia  
y esotro la apelación.

*Quítase el rebozo*

Dormir sobre ello es forzoso.  
Ni le quiero mal ni bien;  
no resistiendo el desdén,  
bien me suena esto de esposo.

Componer mi cama quiero.--  
¡Ay cielos! ¿quién está aquí?  
Muerta soy. ¡Triste de mí!

*Cae desmayada con el candelero en la mano;  
apágase la luz y al ruido de la caída despierta don  
Baltasar, [y habla como entre sueños dos versos]*

BALTASAR: No hay prisión donde hay acero:

ofendíle acometido.--

Aun no debo estar despierto.  
O se ha gastado o se ha muerto  
la luz. ¡Qué de ello he dormido!

¡Ay cielos! ¿Quién está aquí?

Un bulto siento a mis pies.  
¡Jesús mil veces! ¿Quién es?  
¿Si el hombre a quien muerte di  
viene por disposición  
del cielo a enfrenar mi vida?

Sin culpa fui su homicida;  
él se buscó la ocasión:  
esfuerzo, animad el pecho,  
y averiguad desventuras.

¡Cerrado, solo y a oscuras  
en tan no esperado estrecho!--

¡Válgame Dios! si el sentido  
del tacto vengo a creer,  
esta que toco es mujer;  
los cabellos y el vestido  
aumentan mi confusión.

¡Oh siempre engañoso sueño!  
¿Si es el esperado dueño  
de esta noble habitación?

Sin duda debió de entrar,  
y el asombro repentino  
de verme aquí cuando vino,  
la debió de desmayar.

No pulsa el vital calor,  
su frente parece hielo.

¿Si es muerta? ¿Hay más males, cielo;  
todo esta noche rigor?

Abierta se dejaría  
la puerta, si descuidada  
la espanté desde la entrada.

*Alza la vela del suelo*

¿Qué es esto? ¿Otra luz traía?

Huyendo quiero escusar  
la muerte que espero cierta;  
a tienta busco la puerta;  
pero mal la podré hallar  
si, impidiendo mi salida  
la fortuna, la cerró;

¡mi verdugo he sido yo!  
Con una mujer sin vida,  
y aquí encerrado, quien venga  
¿qué satisfacción oirá,  
o qué excusa obligará  
a que compasión me tenga?

*Pónele a tienta la mano sobre el  
corazón; áselo de los brazos, y procura volverla en*

*sí*

Podrá ser que viva esté.  
Saltos le da el corazón,  
que del mío alientos son.  
¿Cómo en sí la volveré?  
Señora, señora mía,  
alentaos, volved en vos,  
no temáis.

MAYOR:                    ¡Madre de Dios!

BALTASAR:        Ya torna.

MAYOR:                    ¡Virgen María!

BALTASAR:        Viviendo, restitúis  
otra vida, que aunque ignora  
quién sois...

*Doña MAYOR se levanta asustada,  
teniéndola don BALTASAR de los brazos*

MAYOR:                    ¿Qué es esto? ¡A tal hora  
y en tal parte, don Lúis?

¿El tiempo cohecháis al sueño,  
y para que más me ofenda,  
hurtáis vuestra misma hacienda,  
que hoy creyó llamaros dueño?

¿Tanto hay desde aquí a dos días  
que acortáis al vicio plazos?

Soltad, descortés, los brazos  
que aborrecen groserías;

no intentéis, amante falso,  
hazañas que desdoráis,  
mientras liviano trocáis  
el tálamo en cadahalso;

que es bárbaro proceder  
el que mancha vuestra fama,  
aun para una común dama,  
cuanto y más vuestra mujer.

Pues si la ocasión buscastes

en que mi padre estuviese  
enfermo, y la noche os diese  
el tiempo que malograstes,  
vuestro grosero interés  
ha despertado mi olvido;  
que no será buen marido  
quien fue amante descortés.  
Mal voluntad granjeáis  
que de vos haciendo caso...

BALTASAR: Paso, mi señora, paso;  
que no soy el que juzgáis.  
No deis voces, sosegaos,  
lastimaos de mí, por Dios.

MAYOR: ¿Cómo? ¿No sois don Luis vos?

BALTASAR: No, señora; reportaos.

MAYOR: ¡Ay cielos!

BALTASAR: Un caballero,  
de su estrella aborrecido,  
y esta noche perseguido  
de desgracias, forastero  
(y tanto que ayer llegué  
a esta ciudad) acosado  
de la justicia, al sagrado  
de esta casa, donde entré,  
peligros atropellando,  
pide en su naufragio puerto.  
Dejé a un ignorante muerto;  
sentí venirme alcanzando  
quien sólo pone temor  
con el nombre y la presencia;  
no sabe hacer resistencia  
con la justicia el valor;  
escusé con retirarme  
ímpetus de la crueldad;  
la noche y comodidad  
de estas calles a ampararme  
se ofrecieron. Entré en una  
estrecha (las más lo son),  
metióme mi confusión,  
guiada de mi fortuna,

por una casa pequeña;  
a su tejado subí;  
salté al de ésta desde allí;  
el temor todo lo enseña.

Él me guió a que bajase  
por la escalera presente;  
vi luego esta cuadra enfrente;  
entré, y sin que consultase  
al discurso, la cerré,  
haciendo imposible así  
mi salida; requerí  
puerta y ventana; esperé,  
y de discursos cansado,  
de temores combatido,  
de puro velar dormido,  
y durmiendo desvelado,  
di la ocasión lastimosa  
que a declararos me atrevo;  
aunque si con ella os muevo  
a compasión, ya es dichosa.

MAYOR: No sé si compadecerme  
de vos o si me engañáis;  
que los que de noche entráis  
donde sin recelos duerme  
el recato, ya traviosos,  
ya indignos usurpadores  
de las haciendas y honores,  
soléis disculpar escesos  
con desgracias que fingís,  
y lástimas que inventáis;  
puesto que ocasión me dais,  
conforme vos la decís,  
de que a la parte mejor  
atribuya este accidente;  
que a no estar vos inocente  
de culpas, contra el valor  
que esas palabras arguyen  
siempre los atrevimientos  
se acompañan de instrumentos  
que las llaves sostituyen.

Lámpara hay en la escalera;  
esperadme aquí, y traeré  
una luz.

BALTASAR: Dichosa fue  
mi desdicha; ya quisiera  
ver dueño de discreción  
tan digna de celebrar.  
La vela debéis buscar.

MAYOR: Matóla mi turbación.

BALTASAR: Y yo en el suelo la hallé,  
examinando asustado  
peligros de mi cuidado.

MAYOR: Dádmela y la encenderé.

BALTASAR: Veisla aquí; tomad.

MAYOR: ¿Qué es de ella?

BALTASAR: Ésta es.

MAYOR: Esperadme aquí.

*Abre la puerta y vase*

BALTASAR: Manteca de azahar sentí  
al tocarla; si es tan bella  
como blanda, suerte mía,  
será, afrentando el metal,  
candelero de cristal  
el trono de la bujía.

*Vuelve doña MAYOR con luz*

¡Qué divina perfección!--  
Poco a poco resplandece  
la mañana que enriquece  
flores que su afeite son;  
pero tanta agregación  
junta, al mismo sol cegara;  
luz los ojos, luz la cara,  
luz en las manos también.  
Pródiga de luces, ten,

que más te quisiera avara.

Si tantos rayos produces,  
¿qué hará, cuando a veros llega,  
la voluntad que se anega  
entre piélagos de luces?  
Si a los ojos las reduces,  
ellos sobran; da lugar  
a que te puedan mirar  
los que deslumbrar procuras;  
que mejor me estaba a oscuras,  
si por verte he de cegar.

MAYOR:            ¡Bien al huésped aplaudís  
que agora necesitáis!  
¡Bien la opinión restauráis  
que cortés restitúis!  
Aunque lisonjas fingís,  
obligada las aceto,  
no poco ufana, os prometo,  
que os haya en algo servido,  
por el talle, bien nacido,  
por las palabras, discreto.  
¿De dónde sois?

BALTASAR:            Cordobés.

MAYOR:            ¿Dónde asistís?

BALTASAR:            En Madrid.

MAYOR:            Y ¿a qué venís acá?

BALTASAR:            Oíd.

MAYOR:            Dejaldo para después;  
que amanece ya.

BALTASAR:            Interés  
será tener ocasión  
de volveros a ver.

MAYOR:            Son  
mis males más presurosos.

BALTASAR:            ¿Cómo?

MAYOR:            Rigores forzosos  
violentan mi inclinación.  
Cásanme, y llévanme fuera  
de Toledo.

BALTASAR:            ¿Cuándo? (¡Ay cielos!)

MAYOR: Esta tarde.

BALTASAR: (Entrad por celos,  
amor, para que yo muera.)

MAYOR: Madrid mañana me espera  
para cautivarme.

BALTASAR: Ya  
Madrid madrastra será.  
Y ¿espérais el venturoso,  
mi enemigo y vuestro esposo,  
allí?

MAYOR: No.

BALTASAR: Luego ¿aquí está?

MAYOR: Por mí vino. ¿Pasáis vos  
adelante?

BALTASAR: Pasaré...  
de amor a celos, en fe  
de que me matáis los dos.  
¿Qué es esto, tirano dios?

MAYOR: ¡Qué adelante pasáis!

BALTASAR: Más  
de lo que pensé jamás;  
que amor que celoso adora  
pasa adelante, señora,  
en vez de volver atrás.  
Mas cuando no a acompañaros,  
mal dejará de seguiros  
quien adelanta suspiros  
que vuelan a aposentaros.

MAYOR: Ni quiero crédito daros,  
ni admitir empeños puedo;  
que puesto caso que quedo  
entretenida en oírlos,  
no podré restituirlos  
en saliendo de Toledo.  
Yo he de casarme en llegando;  
¿de qué sirve edificar  
torres que se han de quedar  
en los cimientos? Buscando  
con los pensamientos ando  
cómo sacaros de aquí,



sin que corra en vos y en mí  
riesgo el crédito y honor,  
y entre todos el menor  
es peligroso.

BALTASAR:                    ¡Ay de mí!  
   Que os pierdo al tiempo que os gano.

MAYOR:                    Mas fuerza es daros remedio.  
La cuadra, pared en medio,  
es de don Pedro mi hermano;  
sólo fía de mi mano  
la llave, cuando se ausenta;  
estálo agora: si intenta  
vuestra cordura no dar  
en casa que sospechar  
(que temo que alguno os sienta),  
   que os encerréis me parece  
en ella, mientras que pasa  
la noche, y se abren en casa  
las puertas, pues ya amanece.  
Este medio se me ofrece;  
[.....-ar]  
pues tiene luego de entrar  
tanto deudo a despedirse  
que, abriéndoo, sin advertirse,  
tendréis de salir lugar.  
   ¿Qué os parece?

BALTASAR:                    Que os partís,  
   que os casáis, que muerto quedo;  
¡que nunca yo de Toledo  
fuera huésped!

MAYOR:                    Bien fingís.  
   Seguidme.

BALTASAR:                    ¿Qué don Lúis  
   es éste que me atormenta?

MAYOR:                    Juventud, nobleza y renta  
   califican su valor;  
   mas donde falta el amor,  
   de lo demás no hagáis cuenta.

BALTASAR:                    ¿Sin amor, y os cautiváis?

MAYOR:                    Quiérello mi padre así.

¿Qué he de hacer? Ya consentí.

Pero vos ¿cómo os llamáis?

BALTASAR: ¿Para qué lo preguntáis?

Don Baltasar fui primero;  
ya que os amo y desespero,  
esfera de celos soy;  
llamadme "celos" desde hoy,  
que es el nombre que más quiero.

MAYOR: ¿Dónde posáis?

BALTASAR: Posé ayer  
con don Felipe Chacón,  
y hoy posaba mi ambición  
en vos misma; ¿qué he de hacer,  
si ya en ajeno poder  
lloro mi esperanza vana?

MAYOR: Seguidme.

BALTASAR: ¿Que, en fin, mañana  
os casáis?

MAYOR: Don Baltasar,  
creed que me he [de] casar,  
por vos, muy de mala gana.

*Vanse. Salen don DIEGO y CARREÑO, de  
camino*

DIEGO: ¿Que en Madrid no me habéis visto?

CARREÑO: Ni en Madrid ni en otro cabo.

DIEGO: Ciego estáis.

CARREÑO: ¿No es caso bravo?

No os conozco, ¡vive Cristo!

DIEGO: Vuestro nombre ¿no es Carreño?

CARREÑO: Ese apellido me dio  
el padre que me engendró.

DIEGO: Pues yendo con vuestro dueño  
de día y noche a mi casa,  
tan domésticos en ella  
los dos, que forma querella  
de lo que en su ofensa pasa;  
habiendo don Baltasar

sido casi su señor,  
pues que le tuvo su amor  
en puntos de desposar,  
¿sois vos tan desconocido  
como él?

CARREÑO:               Bizarro mancebo,  
confieso lo que la debo  
a esa dama; mas no he sido  
tan dichoso que alcanzase  
a conoceros allí;  
ved lo que queréis de mí,  
y por ignorancia pase  
la inadvertencia; que basta  
la noticia que me dais  
de esa casa donde estáis  
tan ducho. Vengo de casta  
olvidadiza; no puedo  
desdecir de mi linaje.  
Si en Madrid fuisteis su paje,  
y pretendéis en Toledo  
acomodaros, anoche  
llegamos estropeados  
de asentaderas: cuidados  
y celos, en vez de coche,  
en dos mulas nos trajeron  
(por mejor decir, batanes),  
que a entrambos, de cordobanes,  
tafiletes nos volvieron.  
No sé lo que aquí estaremos;  
pero en mi pobre ración  
tendréis el mejor quiñón,  
y la cama partiremos  
con los demás requisitos  
de una lacaya amistad,  
en que gocéis por mitad  
chinchas, pulgas y mosquitos.

DIEGO:               La oferta, Carreño, estimo,  
no obstante que me agraviáis  
en que no me conozcáis.  
Yo soy de doña Ana primo.

CARREÑO:       ¿Primo suyo vos, señor?

Feliz quien tal prima tiene,  
y desde la corte viene  
a ser su procurador.

En esto de primos sé  
poco, y aunque no mirase  
en vos cuando allí os hallase,  
desde agora os serviré,  
por la "primo"-genitura  
que alegáis, como acreedor  
del regalo y el favor  
que debo a su fermosura.

¡Qué de veces liberal  
añadió al real y cuartillo  
otro, que aunque era sencillo,  
era suyo y era un real!

Aun no he roto las valonas  
que me dio de tres en tres;  
mi señora doña Ana es  
digna de arrastrar coronas.

¡Mal haya el malo y los celos  
que bodas descompadraron,  
a mi dueño desterraron,  
y en mí renovaron duelos!

Porque si ella mi ama fuera,  
sarna sólo me faltaba.

Mas ya que todo se acaba,  
¿a dónde de esta manera  
camina vuestra mercé?

DIEGO:       Agravios que en honra tocan

hasta las piedras provocan.  
Su esposa mi prima fue  
en la opinión de quien vía  
la frecuencia con que entraba,  
y su casa visitaba  
de noche como de día.

Papeles no averiguados  
del tiempo en que se escribieron,  
bastantes indicios fueron  
para despertar cuidados;

mas no para despreciar  
tal mujer, tal opinión.

CARREÑO: Tiene extraña condición,  
si empieza, don Baltasar.

No dará a torcer su brazo,  
si le queman; es temoso,  
y todo amante celoso  
ve por tela de cedazo.

No hay hacerle averiguar  
lo que hay en esto, y que deje  
este camino; es hereje  
cuando da en cabecear.

Pero si dio vuestra prima  
en guardar papeles tanto,  
que lo sienta no me espanto.  
¿Quién guarda lo que no estima?

DIEGO: Antes de puro olvidados,  
los juzgaba ya perdidos.

CARREÑO: Ya sabéis que despedidos  
los papeles y criados,  
son enemigos de casa,  
que unos a otros, por vengar  
su enojo, suelen cantar  
a cuantos ven lo que pasa.

Mas si se quieren los dos,  
y la verdad le decís,  
ya que en su busca venís,  
asegurándole vos,  
volverá el pájaro al nido.

DIEGO: No es eso lo que pretendo.  
Doña Ana teme, y yo entiendo,  
que se da por ofendido  
don Baltasar porque aquí  
tiene dama que divierte  
su primero amor de suerte  
que la olvida; y siendo así,  
no le está bien a mi prima  
dar satisfacción en duda  
a quien ingrato se muda,  
y sus prendas desestima.

Si esto puedo averiguar,  
ausencias y desengaños  
suelen, restaurando daños,  
aborrecer y olvidar;  
pero si recelos son  
los que de Madrid le sacan  
(que, aunque atormentan, se aplacan,  
dándoles satisfacción),  
entonces descubriré  
quién soy, y a lo que he venido.  
Doña Ana esto me ha pedido;  
es mi sangre, y no podré  
permitir que pierda el seso,  
amante cuanto celosa.

CARREÑO: Sois cuerdo como ella hermosa;  
mas lo que yo alcanzo en eso  
es que si don Baltasar  
estuviera arrepentido  
tanto de haber ofendido  
a Dios, como de dejar  
a doña Ana, ya pudiera  
envidiarle un capuchino.  
Mil veces de este camino  
entendí que se volviera,  
porque tirando del freno  
a la tal cabalgadura,  
y vuelta la fachadura  
a Madrid, entre sereno  
y nublado (entre lloroso  
y airado, quiero decir),  
suspiros vi despedir  
de un Durandarte amoroso;  
y suspirando yo y todo,  
por la falta que me hacía  
el cojín que no traía,  
hubo suspiros de modo  
en toda aquella jornada,  
que también nos imitaron  
las mulas, pues rebuznaron  
ausencias de la cebada;

y afirman, sin ser perjuros,  
los grafieles del mesón  
que en mulas, rebuznos son  
suspiros cabalgaduros.

Decíale yo: "Señor,  
pon tus celos en olvido;  
vuelve a casa, pan perdido;  
celos, espuelas de amor,  
aunque pican al amante,  
andan, según un poeta,  
como rocín de Gaeta,  
más hacia atrás que adelante.

¿Qué hemos de hacer sin Madrid?  
Fuerza es que tu error confieses.  
¡Vuelta, vuelta, los franceses  
con corazón a la lid!"

y él picaba, respondiendo,  
"no ha de verme la tirana  
de sus ojos; ya doña Ana  
se ha acabado; yo me entiendo;  
la ausencia mis celos sane";  
hasta que en una vereda,  
con la grande polvoreda,  
perdimos a don Beltrane.

Digo que a Madrid perdimos  
de vista. Ved, según esto,  
si su amor es manifiesto;  
y pues que no despedimos  
las mulas, cuán poco habrá  
que negociar, si le veis,  
para que allá nos tornéis.

DIEGO: Y él agora ¿dónde está?

CARREÑO: Apeámonos los dos  
en casa de un caballero  
su amigo, que aquí frontero  
vive; mas no sé, por Dios,  
dónde fue anoche a jugar,  
que aunque le hemos esperado  
con lo cocido y asado,  
ni se ha venido a acostar,

ni sé que sea cortesía  
hacer que un huésped aguarde,  
tan noble, desde ayer tarde  
hasta agora que es de día.

DIEGO:       ¿Y no queréis vos con eso  
que tenga sospechas yo  
de que a mi prima dejó  
porque aquí le quita el seso  
algún toledano hechizo?

CARREÑO:     Yo por lo menos no sé  
que haya hasta aquí quien le dé,  
por rondarla, romadizo.  
El jugar alivia duelos,  
y habráse mi amo picado;  
que Galeno ha recetado  
las pintas contra los celos.  
Mas veisle allí donde viene  
con don Felipe Chacón.

DIEGO:       En esta averiguación,  
Carreño, asentar conviene  
si he de darme a conocer,  
y a mi prima restaurarle,  
o si tengo de dejarle.  
Fácil os será saber  
si tiene dama, o el juego  
esta noche le entretuvo,  
y en sabiendo dónde estuvo,  
volver a avisarme luego.

CARREÑO:     Puntual procurador  
hacéis; yo os imitaré;  
pero ¿dónde os hallaré?

DIEGO:       Hacia la iglesia mayor.

*Vanse. Salen don BALTASAR y don  
FELIPE*

FELIPE:       Sucesos me habéis contado  
imposibles de creer.

BALTASAR:    Las siete debían de ser,



cuando en la sala encerrado  
que es de su hermano aposento,  
oigo abrir una criada  
que, risueña y despejada,  
me dijo: "Estaréis contento,  
caballero, de haber sido  
inquieta desvelador  
de quien, no sé si de amor,  
esta mañana ha dormido  
por vos tan poco, que está  
dando esmalte a dos ojeras.  
Contádome ha sus quimeras,  
porque si a casarse va  
hoy a Madrid, ¿qué otra cosa  
sus vanos desvelos son?  
Salid, y de esta ocasión  
infeliz, aunque amorosa,  
os olvidad, pues perdéis  
a un tiempo lo que ganáis."  
"Vida matando me dais",  
respondí. "¿Cómo queréis  
que ingrato olvide favores  
de quien mi dicha es deudora?  
Socorrió vuestra señora  
mi peligro en los temores  
que ya sabréis; ¿podré yo,  
si de ellos me he de acordar  
mientras viviere, olvidar  
a su hermoso dueño? No."  
"Id, caballero, con Dios",  
replicó, "y salid conmigo.  
Mas ¿qué me daréis si os digo  
que está llorando por vos?"  
Respondíla: "Esta cadena,  
aunque incrédulo lo dude."  
"La gente de casa acude",  
dijo, "andad en hora buena  
y, haciéndoos enconradizo  
en Cabañas o en Olías,  
aliviad melancolías

de quien os juzga su hechizo,  
por ser la cosa primera  
que os encarga mi señora."  
"Ventura es de quien la adora",  
dije. Bajé la escalera,  
y por divertir la gente  
de casa que en el zaguán  
estaba, dijo: "Don Juan,  
escribame brevemente."

Volví en vuestra busca luego,  
donde noticia os he dado  
de la noche que he pasado,  
de mis desdichas, del fuego  
que nuevamente me abrasa,  
del imposible que adoro,  
de un sol de quien me enamoro,  
que hoy me ha muerto y hoy se casa.

FELIPE: Notable aventura ha sido.  
Doña Mayor de Toledo  
será la dama, si puedo  
sacar de lo que os he oído  
la verdad por conjeturas.  
Don Luís de Salazar  
con ella se ha de casar,  
porque hechas las escrituras  
desde Madrid, supe yo  
que en Toledo le esperaban.  
Sus partes y hacienda alaban;  
pero su ventura no,  
supuesto que ha de ser dueño  
de quien no le quiere bien.  
Pero séos decir también  
que no es el favor pequeño  
que su prima doña Elena  
me hace, y vive en su casa.

BALTASAR: ¡Ay, don Felipe! ¿Esto pasa?  
Irremediable es mi pena.

*Sale CARREÑO*

CARREÑO: ¡Esperalde por ahí  
con la cena y con la cama!  
BALTASAR: ¡Carreño!  
CARREÑO: Una casi dama  
preguntando está por ti.  
BALTASAR: ¿Qué dices? ¡Ay, huésped mío!  
¿Si me busca la criada  
de mi medio mal casada?  
FELIPE: Podrá ser.  
CARREÑO: De desafío  
trae el manto a la visera,  
que sólo enseña medio ojo.  
No eres negociante flojo.  
¿Tan presto hay estafetera?  
¿Ayer venido, hoy buscado?  
No se lo arriendo a tu sueño.  
BALTASAR: Di que entre, y calla, Carreño.  
CARREÑO: Entre, y callo: oye el recado.

*Sale CASILDA*

CASILDA: La persona que sabéis,  
que os buscase me mandó,  
y éste para vos me dio.

*Dale un papel*

De respuesta serviréis  
vos mesmo, si agradecido,  
no olvidáis obligaciones  
primeras; y ahorrad renglones,  
y cumplid lo prometido.

*Quiérese ir y detiénela don*  
*BALTASAR*

BALTASAR: ¿Ansí os vais? ¿Qué prisa es ésta?

CASILDA: Dala el desposado.

BALTASAR: Oíd.

CASILDA: Desde Toledo a Madrid  
podréis ser vos la respuesta.

*Vase*

CARREÑO: Rey de armas es la mujer;  
retos sus palabras son;  
mas dama con cedulón  
¡vive Dios! que es de alquiler.

BALTASAR: ¿Hay dicha más infelice,  
hallazgo más perdidoso?

FELIPE: El caso está bien dudoso;  
mas sepamos lo que os dice.

*Lee*

BALTASAR: Esta mañana han hallado  
muerto a un criado de casa;  
ved si es cuerdo quien se casa  
en día tan desdichado.  
Una litera ha buscado  
la necia solicitud  
de quien me mata en salud;  
porque, si como imagino,  
muriere en este camino,  
no quede por ataúd.

De esto ¿qué se os dará a vos?  
Antes debéis alegraros,  
pues para desempeñaros  
yo pagaré por los dos;  
siendo ansí, quedaos con Dios;  
pero si me engaño y muero,  
hallaos presente; que quiero  
mandaros el alma en muestra  
que, como de hacienda vuestra,

sois vos solo el heredero.

¿Qué os parece? ¿Hay tal papel,  
tal amar, tal persuadir?

CARREÑO: Él se debió de escribir,  
en vez de tinta, con miel.

FELIPE: Sentido y discreto está.  
pero ¿qué pensáis hacer?

BALTASAR: Hazañas de un bien querer;  
transformaciones verá  
en mí Toledo, no escritas  
de Ovidio.

FELIPE: ¿De qué manera?

BALTASAR: Impediréis la quimera  
de mi amor, por inauditas,  
si os las cuento; todo junto  
lo sabréis en estando hecho.

CARREÑO: (¡Pobre doña Ana! Sospecho  
que están tocando a difunto  
por vuestro amor; a su primo  
le voy a dar esta nueva.)

BALTASAR: Vamos.

FELIPE: ¿Adónde?

BALTASAR: A hacer prueba  
de lo que a mi dama estimo.  
Hacia el hospital de afuera,  
amigo, tengo que hacer.

FELIPE: ¿Allí? Pues ¿qué?

BALTASAR: Conocer  
al dueño de la litera  
alquilada.

FELIPE: Alto, venid.

BALTASAR: Veréis, pues celos me abrasan,  
las maravillas que pasan  
desde Toledo a Madrid.

**FIN DEL ACTO PRIMERO**

---

## ACTO SEGUNDO

---

*Suena dentro ruido de coche. Don ALONSO,  
doña MAYOR, MEDRANO, dentro*

ALONSO: Para, para.

MAYOR: Medrano,  
¿estáis sordo? Parad el coche, hermano,  
que voy muerta.

MEDRANO: ¡La flema!  
Dalas, muchacho, pues el sol no quema,  
que ya se ve Cabañas.

MAYOR: Señores, ¿quieren que eche las entrañas?  
Parad, o arrojaréme  
del coche.

ALONSO: Parad; ¡hola!

MEDRANO: Pararéme,  
con treinta diablos; ea,  
no malpara. ¡Qué presto se marea  
la dama! Yo la digo  
que tomara en Madrid este castigo;  
que hay hembra que una noche  
no se acostó, por sólo andar en coche.

*Salen don ALONSO, doña MAYOR y  
MEDRANO*

MAYOR: ¡Jesús! ¡cuál vengo! El alma  
traigo en los dientes.

MEDRANO: Échela en la palma.  
¡Gentiles damerías!  
Legua y media han andado. Ésta es Olías;

éstas sus ventas llenas  
de palominos, vaca y berengenas.  
A este andar, llegaremos  
en dos años. --Marina, remojeamos.

*Vase*

MAYOR:        ¡Que sólo hemos andado  
legua y media no más? ¿Hay tal enfado?  
No imaginé yo que era  
tan largo el mundo.

ALONSO:        Ponte en la litera,  
si te hace mal el coche,  
y lleguemos a Illescas esta noche.

MAYOR:        ¡Litera, ni por pienso!  
¿Turibulada yo sin ser incienso,  
y entre dos machos feos,  
sujeta a descortesos bamboleos?  
No, padre, no me agrada;  
descanse en ella tu dolor de ijada;  
que será cosa esquiva  
querer que vaya en tumba, estando viva.

ALONSO:        ¡Oh, qué melindres tienes!  
Mayor, repara que a casarte vienes;  
olvida niñerías,  
y logra seso, como logras días.

MAYOR:        Pues si perdida vengo,  
¿qué he de hacer? Desde luego te prevengo  
que no será posible  
pasar de aquí, si tu vejez terrible  
no quiere que me muera,  
yendo a Madrid en coche o en litera.  
Dejemos la jornada,  
o a Toledo volvamos si te agrada;  
pues es mejor dar vuelta,  
que entre polvo y calor morir envuelta,  
dentro de un calabozo  
portátil, para ver de mí mal gozo.  
Yo no quiero casarme,

si primero pretendes enterrarme.  
Méteme en un convento  
y no en un coche, estrecho monumento,  
pues cuando en él me vea,  
aunque cause tristeza, no marea.

*Salen don LUIS y doña ELENA*

LUIS: Pues, esposa querida...

ELENA: ¿Qué aguardamos, Mayor?

MAYOR: Estoy perdida.

Señor don Luis, advierta  
que he de llegar, si voy en coche, muerta.  
No estoy acostumbrada  
a un balanzo tras otro. La jornada  
es larga; si procura  
mi salud, o me den cabalgadura  
con sillón, o en Olías  
nos desposemos.

LUIS: Dichas fueran mías  
el acortar los plazos  
que ha de lograr mi amor en vuestros brazos.  
Poco hay de aquí a Cabañas.

MAYOR: Menos hay de la boca a las entrañas.  
Señores, yo no puedo  
conmigo más; o vuélvanme a Toledo  
o llévenme de suerte  
que, en vez de bodas, no lloren mi muerte.

ELENA: Alquilen un jumento;  
irá mi prima en él más a contento;  
pues aquí es fácil cosa  
hallar jamúas.

MAYOR: ¡Invención airosa  
será, por vida mía,  
que entremos en Madrid al mediodía,  
en coche el desposado  
y la novia en jumento angarillado,  
dando a risas motivo  
ir yo galanteándole el estribo!



ALONSO:       Pues ¿qué traza daremos  
para que tus melindres contentemos?

MAYOR:       ¿No van cuatro criados  
a mula, a su placer acomodados?  
Escojan la más mansa,  
pues la litera angustia, el coche cansa;  
que, habiendo aquí herederos,  
que en Toledo son casi caballeros,  
si diligencia pones,  
no faltarán jamúas o sillones.  
Búsquenme una emprestada,  
o si no, demos fin a la jornada.

LUIS:        Si sólo estriba en eso,  
démosla gusto.

*Salen don BALTASAR, de mozo de camino, MEDRANO, y  
CASILDA*

BALTASAR:        Bonda pan y queso  
para beber un trago.

MEDRANO:       Berrico, ¿no coméis?

BALTASAR:        Nunca me pago  
de manjar que se asienta  
en las tripas; con pollos pago cuenta. --  
Mis amos, pues ¿qué [es] esto?  
¿Ya se han cansado? Vamos de aquí presto,  
que es de noche.

ALONSO:        No quiere  
ir en coche Mayor.

BALTASAR:        ¿No? Pues espere;  
la mula que yo llevo  
anda como una dama.

ALONSO:        Es de mancebo,  
que llaman de camino.  
Buena será.

BALTASAR:        A mi cuenta no hay pollino  
que ande más manso y llano.  
[.....-ano]  
Si gusta de ir en ella,

busquen unas jamúas que ponella.

MAYOR: Mancebo acomodado  
sois para vos.

BALTASAR: De cinco que me han dado,  
un coche y la litera,  
escogí la mejor y más ligera;  
que todo sobrestante  
ha de mirar por sí, Cristo delante.

LUIS: Alto, pues nos la ofrece,  
busquemos, entretanto que anochece,  
vendidas o prestadas  
jamúas o sillón en las posadas.

ALONSO: Deudos tengo en Olías;  
Gonzalo de Aguilera o Juan de Frías  
podrán acomodarnos  
de todo, aunque sospecho han de estorbarnos  
esta noche el camino.  
Cumplámosla este antojo u desatino.

LUIS: Vamos a hablarlos luego.

ALONSO: ¡Libréme Dios de tu desasosiego!

*Vanse don ALONSO, don LUIS y MEDRANO*

ELENA: Llegaremos de noche.

MAYOR: No es mi estómago, prima, para coche.  
Mas vos, ¿de qué manera  
habéis de caminar?

BALTASAR: ¿Yo? A la ligera.  
Yendo a su lado, quiero  
servirla al pie de su palafrenero.  
Ya que nos detenemos,  
señora doña Elena, merendemos;  
vaca hay salpimentada,  
palominos fiambres y ensalada.

ELENA: ¡Vaya! ¿No vienes, prima?

MAYOR: No estoy para comer, antes me anima  
el fresco que aquí corre.  
Tráiganme en que me asiente.



presente yo a vuestras bodas,  
sin medio que disminuya  
tanto pesar, me atormenten  
de una vez mis ansias juntas.

MAYOR:       ¿Ansí se desautoriza  
valor y sangre que ilustra  
persona de tantas partes?  
¿No pudiera hallar la industria  
artificio más decente?

BALTASAR:    Sí, pero menos segura  
traza, señora, de hablaros  
el tiempo breve que dura  
esta infelice jornada;  
pues cuando su fin se cumpla,  
le tendrá, viéndoos ajena,  
la vida que os llama suya.

MAYOR:       Encareced ponderable  
lisonjas que os atribuyan  
el descrédito que siempre  
da el amor a quien las usa;  
que yo no he de imaginarme  
tan fénix en la hermosura  
que en mí fingís, engañado  
de una vela casi a oscuras,  
que en tiempo tan breve crea  
finezas que dificultan  
muchos días de frecuencia,  
largo amor y pruebas muchas.

BALTASAR:    Pues a no quedar yo corto  
en exagerar en suma  
el fuego que por los labios  
exhala llamas ocultas,  
¿paréceos a vos, señora,  
que osaran poner en duda  
indecencias de este traje  
el valor que disimulan?  
No extrañéis ver que me alabo;  
que cuando mi amor procura  
imposibles en el vuestro,  
contra el hado y la fortuna,

siquiera para obligaros  
a compasión de quien gusta  
morir si os pierde, es razón  
que os saque de tantas dudas.

Don Baltasar es mi nombre,  
Córdoba la antigua alcuña  
que me dio apellido y patria;  
en seis mil ducados funda  
su mayorazgo mi padre,  
y para que mejor luzcan  
en mí, que sucedo en ellos,  
guardoso los acumula.

Manda que asista en la corte  
para que pleitos concluya,  
pues si dichoso los venzo,  
conforme me lo aseguran,  
el estado de marqués  
con diez mil ducados junta  
mi dicha, y tendrála entonces,  
si su dueño os intitula.

Sacad de esto lo que os amo,  
y mirad, si a ser de burlas  
la fe amante que os adora,  
osara poner en duda  
mi crédito por buscar  
peligrosas aventuras  
para veros, cuando advierto  
que desdichas apresuran  
vuestro tálamo y mis penas,  
pues siendo mañana, anuncian  
triste vejez a mis padres  
y a mis años sepultura.

¡Nunca yo en Toledo entrara,  
o ya que en él entré, nunca  
me sacara aquella noche  
mi desgracia, para injuria  
de una vida malograda,  
y de un alma que, confusa  
en vuestros mismos favores,  
riesgos de muerte la turban!

¿Qué he de hacer, Mayor hermosa,  
vos casada, y yo sin culpa  
condenado, por quereros,  
a envidiar al que os usurpa  
dos almas, que mi esperanza  
trazaba enlazar en una?  
Será dueño de la vuestra  
mañana, y estando junta  
la mía, Mayor, con ella,  
fuerza es que a servirle acuda.  
Ved el señor que me dais,  
ved los celos con que lucha  
un amor desesperado,  
ved a lo que se aventura  
quien a su pesar se casa,  
y escarmienten desventuras  
ajenas recelos propios,  
que la voluntad enlutan.  
Llamado os salgo al encuentro,  
y en este papel me jura  
Amor que me le tenéis;

*Saca un papel*

si ya me olvida y se muda,  
en fe de la acción que tengo,  
presento las escrituras.  
Dilatad resoluciones  
mientras competencias duran;  
no os desposéis en llegando;  
mujer sois, fingid excusas;  
discreta sois, buscad traza;  
amante sois, haya industria,  
con que, difiriendo plazos  
que mi esperanza repugnan,  
aproveche al que os adora  
ser por vos mozo de mulas.

MAYOR:        Como yo de vos creyera  
lo que la esperanza duda,

y no recelara engaños  
de cortesanas astucias,  
sospecho, don Baltasar,  
que pusiera en aventura  
por vos todos los respetos  
que en la sangre me ejecutan.  
El poco conocimiento  
que tengo de vos rehusa  
lo que el corazón otorga.  
Licenciosas travesuras  
os entraron en mi casa,  
muerto un hombre en la apretura  
de sus calles: ¡ved qué abono  
en vuestro favor resultan!  
Obligado, me obligasteis,  
vos cortés, yo dando ayuda  
a vuestra seguridad  
quedé sola, entró en disputa  
la voluntad y el recato,  
y mientras entrambos luchan,  
aquella favoreciéndoos,  
y éste fulminándoos culpas,  
sin dormir, a despertarme  
entró el sol, a coyuntura  
que amor, abogado vuestro,  
iba haciendo la resunta  
de las prendas que os abonan.  
Levantéme, por ninguna  
de las partes declarada,  
puesto que inclinada a la una;  
llegó mi padre a este tiempo,  
y con él el que procura,  
sacándoos a vos del pecho,  
que a su imperio me reduzca.  
Dieron prisa a esta jornada,  
cuanto más corta, importuna;  
pues si la de Ulises fuera,  
lo que la brevedad turba,  
se aclarara con el tiempo:  
yo sin amar al que injuria

la vuestra, instantes los plazos,  
y amor que imposibles busca,  
todos estos fueron causa  
que os suplicase la pluma  
lo que no osara la lengua,  
en principios de amor, muda.  
Que me viésedes deseaba  
(antes que llorase viuda  
el alma, casado el cuerpo)  
en el camino; mas nunca  
pudiera yo imaginar  
del valor y la cordura  
que consideraba en vos,  
la indecente travesura  
de transformación tan baja;  
ni he leído que haya alguna  
de las que Ovidio entreteje,  
que así admire y así encubra.  
Prométoos que cuando os vi  
concertar cabalgaduras  
con mi padre esta mañana,  
diestro en la desenvoltura,  
interesable en el precio,  
malicioso en las preguntas  
y grosero en el lenguaje,  
que hizo el alma conjeturas  
sobre si érades de veras  
lo que parecéis de burla;  
mas satisfíceme luego;  
que el alma no se deslumbra,  
cuando quiere bien, por sombras  
que verdades disimulan.  
Aumentastes mis cuidados,  
y agradecida, confusa,  
me sacaron de Toledo  
ejecuciones caducas,  
mi viejo en esa litera  
y en la aborrecible tumba  
del coche mi prima y yo,  
don Luis y Casilda, a mula



vos y los demás criados,  
fingiendo luego mi astucia,  
por feriar esta ocasión,  
desmayos, ansias y angustias  
que han parado en lo presente.  
Juzgad, si cuentas se ajustan,  
cuál de los dos debe a cuál,  
y quién alcanza en la suma.

BALTASAR:       En todo sois mi acreedora;  
mas ¿qué importa, si disfruta  
diligencias de mi suerte  
quien esperanzas me anubla?  
En Madrid entráis mañana,  
y a la noche (¡ay Dios, qué oscura  
será para mí!) os desposan,  
si en diez leguas no resultan  
de mi fe y vuestros favores  
trazas que cuerdas destruyan  
vejeces de vuestro padre,  
contrastes de mi fortuna.

MAYOR:           En menos término un rayo  
pedernales desmenuza,  
sorbe una tormenta armadas,  
y Roma en Numancia triunfa.  
Donde hay amor, no hay estorbos,  
ni desescha coyunturas  
la necesidad maestra,  
si los aprietos la apuran.  
Ya yo no camino en coche;  
al estribo de la mula  
(que, siendo vuestra, sabrá  
terciar en nuestras consultas)  
esta noche dispondremos  
la que fuere más segura  
a vuestro amor y a mi fama.

BALTASAR:       Pondré en ella el non plus ultra  
de los prodigios, si salgo  
con éste.

MAYOR:           Tengo preguntas  
considerables que haceros,

y es bien que en ellas discurra;  
mas quédense por agora,  
que viene mi padre.

BALTASAR: Ayuda,  
amor; que no es noble hazaña  
la que no se dificulta.

*Salen don ALONSO y don LUIS*

ALONSO: ¿Tendrémoste ya contenta?  
Hallado habemos jamugas;  
¡plegue a Dios que no te cansen  
o no caigas!

BALTASAR: Es la rucia  
una oveja; no hayan miedo;  
no anda más llano una burra.  
Yo iré a su lado, y verá  
cuál se la tengo.

MAYOR: ¿Quién duda?

LUIS: Ea, mi bien, caminemos;  
la noche, aunque no hace luna,  
es clara; poned el coche,  
hermano mozo de mulas.

BALTASAR: Hablemos bien, si es que sabe.

LUIS: ¿No es vuestro nombre éste?

BALTASAR: Lucas  
Berrío soy en mi casa,  
gracias a taita y al cura;  
tíos tengo familiares,  
y un hermano que aun estudia  
en Alcalá, y un pariente  
que es racionero de Murcia.

LUIS: Todo eso es calificado  
y a propósito: ¿qué injuria  
os hago dándoos el nombre  
de vuestro oficio?

BALTASAR: Nenguna,  
si el de mi oficio me diera.

LUIS: ¿No curáis cabalgaduras?

BALTASAR: No, mas soy su sobrestante.

LUIS: ¿Por vuestra vida?

BALTASAR: Y la suya.

LUIS: ¿Que también hay diferencia  
en esos cargos?

BALTASAR: Y mucha.

Los que en calzones de lienzo,  
monterilla con la punta  
al cogote y alpargates,  
a pata en invierno sudan,  
son mancebos de camino;  
mas los que en cabalgadura  
acompañan, con espuela,  
sombrero, calza de abuja,  
su borceguí encima de ella,  
manga o jubón de camuza,  
capotillo de rajeta,  
valona y liga que cruza,  
espada y daga de ganchos,  
éstos tales se entetulan  
sobrestantes del ganado.  
No tengamos barahunda;  
hablar como se ha de hablar,  
y Cristo con todos. ¡Unzan!

LUIS: Vaya, no riñáis por eso.

*Sale MEDRANO, con látigo de cordel en mano*

MEDRANO: Alto de aquí.

BALTASAR: ¿Está la rucia  
ensillada?

MEDRANO: Y con sus andas,  
de veinte y cinco.

BALTASAR: Pues suba.

LUIS: Yo, esposa, os pondré a caballo.

BALTASAR: Paso, hidalgo, que no se usa  
quitalle el oficio a nadie;  
cada cual al suyo acuda.

LUIS: Apártate allá, grosero.

BALTASAR: Polido, no estará ducha  
su persona a estos trabajos.

LUIS: ¡Ah bárbaro!

BALTASAR: ¿Echamos pullas?  
Mire que ha de derriballa;  
que es cosquillosa la mula  
para quien no la conoce.

MAYOR: ¿Cosquillosa?

BALTASAR: Es mala cuca.

MAYOR: Pues yo no quiero ir en ella.

ALONSO: ¿Díjelo yo?

BALTASAR: A quien la cura  
y da de comer se amansa.

MAYOR: Pues póngame en ella Lucas,  
y vaya siempre a mi lado.

BALTASAR: Pegaréme como pulga;  
mas pagándolo.

MAYOR: Se entiende.

BALTASAR: Alto, pues; venga. ¿Es de pluma?

*Lleva a doña MAYOR en brazos, y vanse todos. Salen  
CARREÑO y don FELIPE, de camino*

FELIPE: Aquí tienen de hacer noche,  
si van a comer a Illescas.

CARREÑO: No son las posadas frescas;  
pero todo carro o coche  
en Cabañas da cebada.

FELIPE: ¡Qué mal lugar escogieron!

CARREÑO: Venteros leí que fueron  
(como quien no dice nada)  
sus fundadores; sacad  
de estos principios qué tales  
serán los más principales  
de esta insigne vecindad.

FELIPE: Los más de ellos son mesones.

CARREÑO: Aunque es población pequeña,  
la autoriza la cigüeña  
de su pozo.

FELIPE:                   Dio invenciones  
                          a las tramoyas extrañas  
                          que celebra el vulgachón.

CARREÑO:            Sí; no fue mala invención  
                          la del pozo de Cabañas.

FELIPE:                No hiciera mala comedia  
                          quien la traza aprovechara  
                          de vuestro amo.

CARREÑO:               Será rara,  
                          como no acabe en tragedia;  
                          que lo temo, ¡vive Dios!

FELIPE:                ¡Qué notable desatino!

CARREÑO:            Es capricho peregrino,  
                          y, aprobándosele vos,  
                          ¿qué mucho le ejecutase?

FELIPE:                Pues yo ¿tengo culpa de eso?  
                          Vile tan fuera de seso  
                          que, porque no se empeñase  
                          en disparates mayores,  
                          concedí en todo con él.

CARREÑO:            Sois lindos cascos vos y él  
                          para embadurnar amores.  
                          ¡Válgate el diablo por hombre!  
                          Acabado de apear,  
                          ¡al instante hubo de hallar  
                          reconcomios!

FELIPE:                No te asombre;  
                          que fue la ocasión terrible.  
                          De noche un hombre encerrado,  
                          por la hermosura asaltado  
                          poderosa y apacible  
                          de la más bella mujer  
                          que a Toledo da valor;  
                          obligado a su favor,  
                          y, tras riesgos del temer,  
                          ocasiones de amar,  
                          influencias de los cielos;  
                          y, comenzando por celos,  
                          viendo que se va a casar  
                          con persona que aborrece,

las dichas que le apercibe,  
cuán amorosa le escribe,  
lo que este lance le ofrece,  
    cuarenta y dos mil escudos  
que autorizan su hermosura...  
¿qué prudencia, qué cordura,  
qué laberintos, qué nudos  
    de Alejandro bastarán,  
Carreño, a enfrenar el seso  
de un mozo amante y travieso?

CARREÑO:        Bien, mas si a casarse van  
    a Madrid, ¿de qué provecho  
será la transformación  
de mozo de mulas?

FELIPE:                Son,  
cuando se ven en estrecho  
    el amor y la fortuna,  
más activos y eficaces;  
si en ellos discursos haces,  
no saldrás con medra alguna.

    Todo hombre considerado  
luce sus intentos tarde;  
peca el sabio de cobarde,  
y de atrevido el soldado.

    Si Alejandro reparara  
en imposibles, no fuera  
señor del mundo, ni hiciera  
a tantos peligros cara.

    Colón, a no atropellar  
estorbos de día en día,  
no añadiera monarquía  
a España de tanto mar.

    Ni sabe amar el prudente,  
ni vence el considerado,  
ni admite razón de estado  
el celoso ni el valiente.

CARREÑO:        ¡Qué guisado que lo halló  
todo: mulas de alquiler,  
coche y litera! De ayer  
venido, hoy se convirtió

en mancebo de camino.

FELIPE: Dióle amor la traza y modo;  
el dinero sale a todo  
con remedos de divino.

Sobornamos a su dueño,  
y salí yo su fiador.  
¿Por qué piensas que el amor  
supo en Júpiter, Carreño,  
llover dorado granizo  
que a Dánae dejó preñada?  
Porque no hay puerta cerrada  
para este absoluto hechizo.  
Dióle este metal sus bulas  
para todo; no te espantes,  
si el oro vence gigantes,  
que venza el que alquila mulas.

CARREÑO: Y vuesa merced ¿qué intenta  
aguardándolos aquí?

FELIPE: Quiero prevenir así  
peligros que el hado inventa.  
Haciéndome encontradizo  
con ellos, ayudaré  
su engaño, y estorbaré  
de un amor arrojadizo  
desesperadas locuras,  
que le pueden estar mal.

CARREÑO: Usted es amigo leal  
para tales aventuras;  
quiera Dios que la presente  
nos absuelva a culpa y pena.

FELIPE: De su prima doña Elena  
soy ya ha días pretendiente,  
y no ha de ayudarnos poco  
si le cuento estas marañas.  
Prevengamos en Cabañas  
camas y cena.

*Vase*

CARREÑO:                Si un loco  
                              guía a otro, ¡buen suceso  
se alía! Vaya con Dios,  
que no hayan miedo los dos  
que echen alforzas al seso.

*Sale don DIEGO*

DIEGO:                En fin, Carreño, ¿vuestro amo  
con tan indecente traza  
se enamora y se disfraza?

CARREÑO:            Es tal, que al primer reclamo  
                              da en la liga; apenas vio  
la hechicera toledana,  
cuando, olvidando a doña Ana,  
a la luz se derritió  
                              de una vela, que alcahueta  
de estos disparates fue.  
Quien compra lo que no ve  
al sol, cuando se prometa  
                              montes de oro, si después  
se le vuelven en carbón,  
quéjese de su elección.

DIEGO:                Y de su necio interés,  
                              si el burlarse de mi prima  
a la cara la saliere.

CARREÑO:            Pretenda lo que él quisiere,  
que, aunque más su amor le anima,  
                              es imposible alcanzar  
el fin de su pensamiento.  
Desposaránse, al momento  
que se acaben de aparear  
                              en Madrid, el desposando  
y la novia, según queda  
concertado, sin que pueda  
lograr trazas que está dando  
                              nuestro amante literero,  
y soplaráse las manos  
cuando llore ardides vanos.



DIEGO: Si yo no le doy primero  
el castigo que merece  
hombre de tan poca fe.

CARREÑO: Más vale que él se le dé  
a sí mismo, si os parece,  
y que doña Ana del modo  
le olvide que él la ha olvidado;  
perderálo escarmentado  
todo quien lo quiso todo.

DIEGO: ¡Vive Dios!, que he de decir  
quién es a los que acompaña.

CARREÑO: Intentaréis una hazaña  
que se os ha de deslucir,  
porque o le han de dar la muerte  
o él os la ha de dar a vos,  
y cualquiera de los dos  
que la pierda, es caso fuerte.

Y cuando esto no suceda,  
¿de qué servirá afrentar  
a un noble que, por amar,  
desacreditado queda  
en tan desvalido traje?

Yo, a lo menos, lo que hiciera,  
a ser vos, le persuadiera  
a solas con buen lenguaje,  
dándole un gentil jabón,  
y advirtiéndole lo mal  
que en hombre tan principal  
parece transformación

tan indigna de creer,  
y el peligro a que se expone  
quien a burlar se dispone  
tan generosa mujer

como vuestra prima hermosa;  
pues si se muda ligero,  
es mi señor caballero,  
y la sangre que es lustrosa,  
levántase aunque tropieza.

Temerá el verse por vos  
descubierto, y querrá Dios

que acuerdos de la belleza  
que deja, y los imposibles  
que pretende, abran sus ojos,  
y paren estos enojos  
en tálamos apacibles.

Considerad lo que hacéis,  
y advertid cuán poco gana  
de mi señora doña Ana  
fama y opinión.

DIEGO: Tenéis  
más seso que vuestro dueño.  
Admito ese parecer;  
pero guárdese de hacer  
desprecio de mí, Carreño;  
no eche culpa a su castigo,  
si en Cabañas le avergüenzan.

CARREÑO: A venir carros comienzan.  
Adiós, y haced lo que os digo.

*Vanse. Don BALTASAR, don ALONSO, don LUIS y doña MAYOR,  
dentro*

BALTASAR: ¡Jo, mula de Barrabás!  
¿Qué demonios te han tomado?

ALONSO: Tenelda.

LUIS: ¿Hala derribado?

BALTASAR: Dalle, dalle; ¿correr más?  
Señora, téngase bien.

MAYOR: ¡Ay, Lucas, que me derriba!

BALTASAR: Tírela del freno arriba.  
¡Ah, malas landres te den!

*Piérdese la voz de don BALTASAR*

ALONSO: Para el coche.

LUIS: Para el coche.

MEDRANO: Caminen, que no caerá.

LUIS: Parad: ¡hola! acabad ya.

MEDRANO: ¡Voto a san Nuño!

*Salen todos menos MAYOR y BALTASAR*

ALONSO: ¿De noche,  
y no hay quien vaya tras ella!

LUIS: ¿Qué camino hay sin desastre?

ALONSO: Quiera Dios que no la arrastre.

ELENA: Vaya alguno a socorrella.

CASILDA: Adelantáronse tanto  
los de caballo a tomar  
posadas, que en el lugar  
deben ya de estar.

MEDRANO: ¿Qué espanto  
los asombra? ¿En angarillas  
no va? ¿Qué diablos nos cansa?

LUIS: ¿Ésta era la mula mansa?

MEDRANO: Mansa es, pero tien cosquillas;  
debiósele de asentar  
la silla en la matadura.

CASILDA: Ya no parecen.

ELENA: ¡Qué oscura  
noche!

LUIS: Quiero irla a buscar.

MEDRANO: ¿No va a su lado Berrío?  
Ya pueden haber llegado  
al pueblo, y aun remojado.

CASILDA: ¿Si cayó?

MEDRANO: ¡Buen desvarío!  
Ya nos atronara a voces  
la señora.

ALONSO: ¿Hay tal correr?

MEDRANO: Ella se sabrá tener.  
Suban; que no tira coces;  
que es la rucia una cordera.  
Vamos; no tengan temor;  
que ella se tendrá.

LUIS: Señor,  
subid en vuestra litera,

y los demás en el coche;  
partiré entretanto yo  
y sabré donde paró.

ALONSO: Cosas he visto esta noche  
en tres leguas, que sobran  
para ciento.

MEDRANO: Donde van  
mujeres, siempre hallarán  
enfados que en risas paran.

Dos tiros de piedra habrá  
de aquí a Cabañas; subir.

ALONSO: En efeto, ¿queréis ir  
en su busca?

LUIS: ¿Quién podrá  
vivir, si cual yo la adora,  
entre tanto que no sabe  
lo que ha sucedido?

MEDRANO: Acabe.  
¡Estémonos aquí un hora!  
No es tan zurda la muchacha;  
él verá cuál se agarró.

ELENA: ¡Miren qué mula la dio  
el Lucas!

MEDRANO: No la hay sin tacha;  
mas la rucia es un borrico.  
Acabemos, pues; subamos.

ALONSO: En la posada esperamos.

LUIS: Yo voy, pues.

MEDRANO: Dalas, Perico.  
*Vanse. Salen doña MAYOR, en zapatillas, y  
don BALTASAR, trayéndole los chapines*

BALTASAR: ¡Linda traza!

MAYOR: Como vuestra,  
aunque con algún peligro.  
Mil veces pensé caer.

BALTASAR: Media legua hemos corrido.

MAYOR: ¿Qué pueblo es aquél?

BALTASAR: Magán.

Mientras duermen sus vecinos,  
y los que mi amor estorban  
buscándoos andan perdidos,  
consultemos este rato,  
hermosa Mayor, arbitrios  
que sustenten mi esperanza,  
sin estorbos ni registros.

MAYOR: ¿Y la mula?

BALTASAR: Está paciendo.

MAYOR: ¿No hay donde atalla?

BALTASAR: No quiso  
criar árboles la Sagra,  
por darse toda a los trigos.  
Raso está todo este campo,  
y a propósito este sitio  
(por lo que de prado tiene  
con yerba, aunque mal florido)  
para disponer los dos  
o mi tormento o mi alivio.  
Sentémonos, si os parece.

MAYOR: Advirtiéndoos al principio  
lo que de vuestra nobleza  
supongo, y que de vos fío  
respetos que, ocasionados,  
no profanan bien nacidos.

BALTASAR: Cortés amaros pretendo  
con deseo casto y limpio,  
segura mi voluntad  
y mis gustos comedidos.  
Sin manos viene mi amor;  
sólo en la lengua y oídos  
jurisdicción limitada  
que os respete les permito.

*Siéntanse*

MAYOR: Sois cordobés caballero;  
de tal patria, en fin, tal hijo;  
para cautivarme más,

no busquéis otros hechizos;  
mas ¿con cuáles obligasteis  
la mula a que, del camino  
derrotada, así corriese,  
ocasionando mis gritos?  
Que a no asirme a las jamugas  
y el ir vos siempre conmigo,  
no hay duda que me arrastrara.

BALTASAR: Tiene amor, en fe de niño,  
invenciones y poder  
para ejecutarlas, y hizo,  
en mi favor estudioso,  
mi Mayor, las que habéis visto.  
Enfadábame el llevar  
al lado tanto registro,  
interrumpiendo cansados  
ya el hablaros, ya el oíros;  
y, como no me va menos  
que vivir el persuadiros  
que de término tan breve  
amante atajéis peligros,  
valíme de las tinieblas  
y del ramo de un espino,  
plumaje de unos cambrones,  
que al bruto sin culpa aplico  
debajo la gurupera,  
el cual al instante mismo  
que, sin ser enamorado,  
le escoció lo pungitivo  
de los celos, y en tal parte,  
a puras coces y brincos  
procuró librarse de ellos,  
de puro correr, corrido;  
porque celos y cambrones  
son deudos muy parecidos.  
Él picado y yo celoso,  
echamos por esos trigos;  
mas sin perderos los brazos,  
que medraron mis alivios  
por tocaros y teneros,

hasta llegar a este sitio  
donde gozoso os apeo,  
a la mula abrojos quito,  
ella pace y yo descanso  
mientras adorando os miro.

MAYOR: ¿Qué no sabrá hacer amor?

BALTASAR: No hubiera bien entendidos,  
si no hubiera enamorados.

MAYOR: Dejemos, señor Berrío,  
burlas, y hablemos de veras.  
Ya os acordáis que os he dicho  
que tengo dificultades  
muchas, que si aquí averiguo  
y salen en vuestro abono,  
a pagáros las me obligo.  
¿Tenéis en la corte empleo?

BALTASAR: Túvele; pero os afirmo  
que ensayé en ella el amor  
que a vos perfecto os dedico.

MAYOR: ¿Por vida de lo que más  
queréis? si así os necesito  
a no mentirme.

BALTASAR: Estad cierta,  
como que adorándoos vivo,  
que más allá que la muerte  
aborrezco aque se vicio.

MAYOR: Pues siendo así, ¿por qué causa  
os ausentastes?

BALTASAR: Motivos  
hallé en ella suficientes  
para apelar al olvido  
después de un año de amante,  
que ya me parece un siglo.

MAYOR: ¿Era su nombre?

BALTASAR: Doña Ana.

MAYOR: ¿Su calidad?

BALTASAR: Sé deciros  
que en la sangre y en la hacienda  
se igualó con mis servicios.

MAYOR: ¿Celos os descompusieron?

BALTASAR: Celos se engendran de indicios,  
agravios de desengaños,  
que por mis ojos he visto.

MAYOR: ¿Desengaños? Pues ¿quiere a otro?

BALTASAR: Quiere agora, querrá y quiso;  
que dizque engendran carácter  
los amores primerizos.

MAYOR: Pues ¿con qué seguridad,  
si dentro el alma os admito,  
crédula a vuestras palabras,  
viviré, según lo dicho,  
si vos primero la amasteis,  
y celos, del amor hijos,  
pródigos desbaratados,  
llorando sus desperdicios  
caen brevemente en la cuenta,  
y se vuelven al cariño  
del primer amor, su padre?

BALTASAR: Ya, hermosa señora, os digo  
que pasaron de ser celos  
a ser agravios los míos.  
Mirad que soy caballero.

MAYOR: ¡Qué de ellos habemos visto  
calificar sus engaños  
a sombra de este artificio!  
Ahora bien, don Baltasar,  
entretanto que averiguo  
despacio en Madrid sospechas  
que temo, pero no admito,  
yo os prometo no casarme,  
por más que inten[t]en prolijos  
apresurar mis tormentos  
mi padre y vuestro enemigo;  
mas con dejarme a mí cierta  
de que sabéis resistiros,  
no viendo a mi opositora.

BALTASAR: ¿Verla yo? Tiemblo de oírlo.

MAYOR: Estáis celoso, y los celos,  
por lo que de otros colijo,  
en convertirse a otra ley,



tienen algo de moriscos.

BALTASAR: Pues elegid vos el modo  
de aseguraros.

MAYOR: Elijo  
uno, puesto que bastante  
costoso, como inaudito.

BALTASAR: Que no reparéis en eso;  
ya le espero.

MAYOR: Ya le explico.  
Yo con vos he de enojarme  
al fin de nuestro camino,  
y tengo de hacer que os prendan  
en Madrid.

BALTASAR: ¿Por qué delito?

MAYOR: Por la muerte del criado  
que a nuestro amor dio motivo.  
Él era un lacayo pobre,  
y, dejando mujer y hijos,  
concertándoos con la parte,  
su vejación redimimos;  
entretanto podré yo  
saber lo que solicito,  
y, quitándoos ocasiones,  
asegurar celos míos.  
No ha de haber réplica en esto.

BALTASAR: Severa sois en arbitrios;  
mas yo los acepto; vaya,  
si siendo obediente os sirvo.

*Sale don LUIS sin ver a BALTASAR y doña*

*MAYOR*

LUIS: (¿Hay tal desaparecerse?  
Mas de una legua he corrido  
por rodeos y altibajos,  
y no puedo descubrirlos.)

MAYOR: Así aseguro sospechas.

BALTASAR: Lo que yo en eso os suplico,  
es que apresuréis amante

la información que os permito,  
porque acortemos estorbos.

LUIS: (Hablar hacia allí he sentido.  
¡Válgame Dios! ¿Si son ellos?  
Pasos y atención aplico.)

MAYOR: Si yo verdadero os saco,  
y sois, como lo imagino,  
quien vos decís y yo espero,  
presto saldréis de ese oficio  
al que mi amor interesa.

LUIS: (O se engañan mis oídos,  
o es doña Mayor la que habla.  
Pero ¿a quién, recelos míos,  
promete amantes retornos  
que él diligencia y yo envidia?  
¿Tan melindrosa poco ha,  
pidiendo socorro a gritos,  
corriendo descaminada,  
pronosticando peligros  
su padre, llorando todos,  
yo buscándola perdido,  
y ella con tanto sosiego  
sentada, y en tan distinto  
lugar conversando alegre?  
¡Qué de cosas que malicio!)

BALTASAR: Sentirálo vuestro padre  
de muerte.

MAYOR: Yo tengo hechizos  
con que acariciar vejezes  
de quien en la edad es niño.

BALTASAR: En fin, ¿hemos de casarnos?

MAYOR: Al punto que saque en limpio  
la verdad de tantas cosas.

BALTASAR: ¿Y don Luis?

MAYOR: Es desvarío  
pensar que ha de cautivarme  
amante a quien no me inclino,  
cuando le hace ventajas  
tantas el señor Berrío.

*Sale don LUIS*

LUIS:        ¡Oh aleve! ¡Viven los cielos,  
que tengo de dar castigo  
a tu bárbara elección  
y al infame desatino  
de tu desigual amante.

*Levántanse los dos, saca la espada don  
BALASAR, opónese a don LUIS*

MAYOR:        ¿Qué es esto?

BALASAR:        Hidalgo, pasito.

Sosíéguese:    ¿qué le toma?

MAYOR:        ¿Estáis en vuestro jüicio,  
don Luis? Templaos; ¿qué es esto?

LUIS:        ¡Pluguiera a Dios que, perdido  
mi seso, o nunca os amara,  
o nunca llegara a oíros  
bajezas y indignidades,  
que si bien las apercibo,  
juzgo imposible el creerlas!  
En fin, Mayor, habéis sido  
mujer; en fin, escogéis  
a un rústico, cuyo oficio  
sirviendo brutos, se llama  
mozo de mulas.

BALASAR:        Ya he dicho  
que hable bien y no tengamos  
carambolas; que si esgrimo  
la de Joanes, al primero  
hurgón, perdónele Cristo.

LUIS:        ¡Oh infame!

BALASAR:        Apártese allá,  
señor galán; se lo aviso.

LUIS:        ¿Vos su esposo? ¿Yo olvidado?  
¿Ella aleve, y yo ofendido?  
¿Doña Mayor mujer vuestra?

Primero...

BALTASAR: Todos venimos  
de Adán, y yo puedo ser  
de toda mujer marido  
con la cara descubierta.

MAYOR: ¡Don LUIS! ¡Lucas Berrío!  
¿Qué disparates son éstos?  
Sosegaos, o daré gritos.--

*A don LUIS*

¿Hay locura semejante?  
¿Luego vos habéis creído  
lo que aquí nos escuchastes?  
¡Jesús! ¡qué gran desatino!  
Envainad, que sois un bobo;  
poco mi seso acredito  
con vos. ¡Lucas, a enfrenar!

BALTASAR: Voy; pero lo dicho dicho.

*Vase*

MAYOR: En fin, ¿me habéis injuriado?  
¡Qué de ello perdéis conmigo  
desde hoy! ¿Que a tal disparate  
lleguéis vos a persuadiros?

LUIS: Pues si lo oigo, ¿qué queréis?  
¿Desmentiré mis sentidos?  
¿No sois mujer? ¿Qué milagro  
que imitéis vuestro principio?

MAYOR: Ya os dije que sois un bobo;  
túveos yo por entendido.  
¿Alquiladora de mulas  
doña Mayor? ¡Oh, qué lindo!  
Medrábamos en corcoba.  
¡Jesús, Jesús, me santiguo  
una y mil veces! ¿Que sean  
los celos tan persuasivos

o tan necios, que se arrojen  
a creer de mi juicio  
tan gran desalumbramiento?

LUIS: A tener los celos tino,  
no anduvieran siempre a ciegas;  
pero si lo son los míos,  
¿a qué propósito agora,  
cuando yo os busco molido,  
temeroso vuestro padre,  
sentados y entretenidos  
favorecéis amorosa  
a un bárbaro con indignos  
desaciertos y esperanza,  
cuando menos, de marido?

MAYOR: Andad; que no estáis en vos.

Es el tonto más sencillo  
el Lucas que vio Toledo.  
Hasta aquí la mula vino  
sin parar, desatinada,  
y él, a las ancas asido,  
ya que no pudo tenerla,  
me tuvo a mí; que os afirmo  
que si de mí se apartara,  
mil veces hubiera sido  
malogro a vuestros deseos  
y lástima a nuestro siglo.  
Cansóse, en fin, y canséme,  
de suerte que me convino  
sosegar aquí este rato,  
y él a mi lado, perdido  
de correr, sentado y necio,  
que estaba sin seso dijo  
por mí, y dispuesto a casarse,  
consintiese o no, conmigo.  
Propúsome su linaje  
(que es, por lo menos, corito)  
su patrimonio, sus deudos,  
sus gracias, sus ejercicios;  
y yo, por entretenerme,  
di ensanchas a su capricho,

ofreciéndole informarme  
y, abonándole testigos,  
mejorar con él mis bodas.

LUIS: ¿Qué decis?

MAYOR: Que no sois digno  
de que os tenga por discreto  
quien vuestro desaire ha visto.

LUIS: ¡Que de éstos es nuestro mozo?

Un viaje entretenido  
me prometo, según eso.  
No hay celos sin desvaríos;  
perdonadme, esposa bella,  
y entretengamos fastidios  
con él de aquesta jornada,  
dando a sus simplezas ripio.

*Sale don BALTASAR*

BALTASAR: ¡Miren qué mucho que echase  
la mula por esos trigos!  
Seis dedos sobre los lomos  
de matadura le hizo:  
¡maldiga Dios al sillón!  
Suba.

*A doña MAYOR*

LUIS: (Ya me maravillo,  
mi bien, que no os arrastrase.)  
Lucas, no haya más; amigo  
hasta la muerte.

BALTASAR: Es temprano.

LUIS: Yo ya con vos no compito;  
doña Mayor me desprecia  
y os tiene amor.

MAYOR: Infinito.

LUIS: No quiero mujer con celos;  
de novio vuelto en padrino,

he de alegrar vuestras bodas.

BALTASAR: ¿Se convida?

LUIS: Me convido.

BALTASAR: Encaje, pues, esos huesos.

*Danse las manos*

LUIS: ¿Queréis, pues estoy rendido,  
que suba un rato a las ancas?

BALTASAR: ¿Con mi mujer? Palo, digo.

LUIS: Acabad.

BALTASAR: ¿Y la señora  
en el sillón?

LUIS: Sin peligro  
irá, si yo cuido de ella.

BALTASAR: ¡Y que vaya a pie el marido!  
¡Oxte, puto! En mi curato  
no ha de haber (de esto le aviso)  
beneficiado o teniente  
con quien parta los bodigos.  
Llevaréla de la rienda;  
irá vusted su poquito,  
un rato a pie y otro andando;  
que Cabañas está a tiro  
de arcabuz: alto, señores.

LUIS: Extraño sois.

BALTASAR: No sufrimos  
la mula y yo, ni ancas ella,  
ni Lucas sota-maridos.

*Toma en brazos a doña MAYOR y  
vanse*

**FIN DEL ACTO SEGUNDO**

---

# ACTO TERCERO

---

*Salen don ALONSO y don FELIPE*

ALONSO:           Basta, que dais en hacernos  
merced toda esta jornada;  
en Cabañas la posada,  
pollos y gazapos tiernos  
    en Illescas... A este andar  
porfiando en regalarnos,  
claro está que ha de pesarnos  
ver que se haya de acabar  
    tan presto nuestro camino.

FELIPE:           Ya que en él os encontré,  
por dichoso me tendré  
que, en fe de vuestro vecino,  
    me toque el título honroso  
de vuestro aposentador.

ALONSO:           Yo soy vuestro servidor,  
y me juzgo venturoso  
    yendo en vuestra compañía.

FELIPE:           El curso que de ordinario  
tengo hecho, siendo cosario  
de este camino, podría,  
    aunque la jornada es breve,  
enseñarme a descubrir  
regalos con que os servir;  
por lo menos traigo nieve  
    y ternera, que no es poco  
para tan seco lugar.  
Mientras guisan de almorzar,  
si con el sueño os provoco,  
    soy de parecer que un rato  
reposéis.

ALONSO:           Como he venido



en litera, helo dormido  
lindamente; y me recato  
de camas que a tantos son  
comunes.

FELIPE: Camas y lodos  
déjanse pisar de todos,  
como mozas de mesón;  
mas yo siempre me prevengo  
de sábanas y almohadas  
caseras, por las posadas.

ALONSO: El mismo cuidado tengo;  
y de ordinario las llevo  
en un baúl como agora.

FELIPE: No saldremos en esta hora;  
por eso en el mesón nuevo  
previne dos salas frescas,  
que es más capaz y mejor.

ALONSO: Mientras va doña Mayor  
a ver la Virgen de Illescas  
y oye en su altar una misa,  
el almuerzo prevendremos,  
porque esta noche lleguemos  
a Madrid.

FELIPE: Si se da prisa  
el cochero; que hay que andar  
seis leguas, y la de Parla  
es larga.

ALONSO: Tiempo hay de andarla,  
pues el sol nos da lugar,  
que agora empieza a nacer.  
¿A qué vais vos a la corte?

FELIPE: No a pretensión que me importe.  
Soy mozo, y no sé perder  
fiestas que ilustran hazañas  
con que España alegre está;  
convida a toros Bredá,  
y el Brasil pone las cañas;  
quisiera dar a un rejón  
crédito delante el rey.

ALONSO: Son guarda de nuestra ley

su castillo y su león;  
y así no me maravillo,  
contra quien su fe no entienda,  
que tal león la defienda  
y la ampare tal castillo.

FELIPE:            ¡Qué de enemigos tenía  
el infierno convocados!

ALONSO:        Dicen que en tiempos pasados  
seguro el león dormía,  
viéndose en la posesión  
pacífica de su imperio;  
juzgaron a vituperio  
los lobos que así el león  
en los dos mundos tuviese  
imperio tan absoluto,  
sin que se escapase bruto  
que su nombre no temiese;  
y, habiendo entre todos liga,  
como durmiendo le vieron,  
sus estados repartieron;  
¡tanto la ambición instiga!  
y, consultando sus robos,  
afirman, mas será error,  
que alguno que era pastor  
se coligió con los lobos.  
Por cuatro partes marcharon  
y, arriesgando su fortuna,  
le acometieron a una;  
mas no le desafiaron,  
que fue acción poco bizarra.  
El león, que los sintió,  
dio un bramido, bostezó  
y enseñóles una garra,  
con que, el ánimo perdido,  
no hay quien del temor no muera;  
si despertara, ¿qué hiciera  
quien mata con un bramido?  
No hay quien ose esperar ya,  
después que el Alba salió,  
u diga quien lo intentó

cómo en la Feria le va.  
Brame España, que atropella  
lobos con blasón eterno;  
que las puertas del infierno  
no prevalecen contra ella;  
y dadme licencia a mí  
que dé a nuestros mozos prisa.

FELIPE: Pienso que salen de misa.

ALONSO: Pues esperadlas aquí.

*Vase. Salen doña MAYOR, doña ELENA y don  
LUIS*

MAYOR: ¡Qué imagen tan milagrosa!

ELENA: Sólo el verla da consuelo.

MAYOR: Es depósito del cielo.

¡Qué devota, qué amorosa!

ELENA: Cargada voy de medidas  
y de medallas de plata.

MAYOR: Como en ellas se retrata,  
cuanto a Dios por ellas pidas,  
tendrá salida mejor;  
que para un amante fiel,  
copias que imita el pincel  
son sus cartas de favor.

LUIS: Devotas las dos salís.

MAYOR: De sólo haberla mirado,  
el dolor se me ha quitado  
de cabeza.

LUIS: Si dormís  
al fresco de esta mañana,  
cansancios restauraréis  
que experimentado habéis  
en la noche toledana.

MAYOR: ¡Y qué enfadosa que ha sido!

ELENA: Señor don Felipe, ¿es hora  
de caminar?

FELIPE: No, señora,  
pero rato ha que lo ha sido

de que almorcemos; que está  
llamándonos quien lo guisa.

ELENA: El comenzar por la misa  
buen fin al camino da.

FELIPE: Según refrán castellano,  
por oírla y dar cebada,  
nunca se pierde jornada.

MAYOR: Éste es proverbio cristiano.

ELENA: Poco lo debe de ser  
quien por esta villa pasa,  
y a la Virgen en su casa  
ni visita ni va a ver.

FELIPE: ¿Qué es lo que la habéis pedido,  
por mi vida, Elena bella?

LUIS: ¿Qué ha de ser, siendo doncella?  
Por lo menos, un marido.

ELENA: Pues ¿he de pedirla dos?

LUIS: Para escoger, no tan malo.

ELENA: Son tales, que los igualo  
a todos; líbreme Dios  
de súplica tan costosa;  
acreditad más mi seso.

MAYOR: ¡Ay prima! ¿Para qué es eso,  
si allá te queda otra cosa?

ELENA: Juzgas por tu pecho el mío.

MAYOR: Yo, cuando en eso repares,  
los maridos tengo a pares.

ELENA: ¿Y son?

MAYOR: Don Luis y Berrío.

ELENA: Y vienen como perdices,  
chico con grande; mas ¿quién  
juzgas que te está más bien?

MAYOR: Pues ¿eso, Elena, me dices?

¿Hay tal Lucas en el mundo?  
¿Quién puede hacerle ventaja?

ELENA: En dar a una mula paja,  
no debe tener segundo.

MAYOR: Tú lo verás algún día,  
y envidiarás mis desvelos.

LUIS: Burlas son; pero los celos,

ni aun de burlas, Mayor mía.

MAYOR: ¿Burlas? ¡Gentil desvarío!

Pues ¿osaráse igualar  
en talle, en gracia, en hablar  
vuesa merced con Berrío?

Vamos; que le quiero ver.

ELENA: Basta, que en donosa has dado.

MAYOR: Sobrestante del ganado  
no es marido de perder.

*Vanse doña MAYOR y don LUIS*

FELIPE: Esperad, señora, un poco,

y pagad agradecida  
a quien con vuestra partida  
está, si no muerto, loco.  
¡Qué de inconvenientes toco,  
viendo que a la corte vais!  
Si en su mar os engolfáis,  
ya doy mi amor por perdido;  
que es cortesano el olvido,  
y ya en mí le ejecutáis.

Ausente, y sin despediros,  
presente, y sin deteneros,  
yo olvidado por quereros,  
vos ingrata por partiros,  
malogrados mis suspiros,  
mi esperanza sin reparos,  
siguiéndoos por obligaros,  
y vos huyendo de verme,  
¿qué fe puedo prometerme  
de menosprecios tan claros?

ELENA: Pues ¿sobre qué fundamento

intimáis quejas tan grandes?  
¿Embárcome para Flandes?  
¿Despliego velas al viento?  
¿Voy a la corte de asiento,  
o a celebrar convidada  
de una prima concertada

una boda prevenida,  
por ir vos, entretenida,  
por ser suya, deseada?

No llegará el coche apenas  
a San Isidro, la ermita  
que a Manzanares limita  
márgenes de sus arenas,  
cuando alegres norabuenas  
de desposada reciba,  
y entre música festiva,  
mientras que la palma toca,  
desde la mano a la boca,  
libre entre y salga cautiva.

¿Tan largo plazo es seis días  
que podré con ella estar,  
si vuelta luego he de dar,  
para esas melancolías?

FELIPE: Temen las sospechas mías  
novedades cortesanas;  
pero júzguense por vanas,  
y decidme qué ocasión  
da tanta priesa a esa acción;  
que habrá muchas no livianas,  
pues que bodas apresuran  
antes de entrar en la corte.

ELENA: Gozar los gustos sin porte  
es lo que hoy todos procuran.  
De los gastos se aseguran  
los que en secreto se casan;  
que ostentaciones abrasan  
facultades caudalosas,  
y las que son más lustrosas  
duran poco y presto pasan.

Ya está la industria discreta  
en la corte introducida;  
la gala más recibida  
por barata, es la bayeta;  
la mejor boda es secreta,  
y ya, en fin, en nuestros días  
mercedes y señorías

se entierran a media noche,  
llevando el cuerpo en un coche,  
por ahorrar de cofradías.

Por eso don Luis se casa  
según la ley del provecho,  
hallándose lo más hecho  
primero que entre en su casa.

FELIPE: Prudencia es vivir con tasa;  
también lo pienso imitar.

*Sale CASILDA*

CASILDA: Señores, alto, a almorzar;  
que llama el viejo.

FELIPE: Advertid  
que entráis, Elena, en Madrid,  
y los naufragios del mar.

*Vanse doña ELENA y don FELIPE. Sale  
CARREÑO*

CARREÑO: Mientras allá dentro almuerzan,  
y a cabar viñas va el zafio,  
¡oh tú... (parezco epitafio  
de estos que vocablos fuerzan)  
¡oh tú que empiezas con ca,  
y llamándote Casilda,  
tu nombre acaba en asilda,  
porque te he de asir quizá,  
si acaso se te ha pegado  
el amor que es sarampión,  
que de mesón en mesón  
mil mozos ha salpicado,  
advierte que desde ayer  
que te advertí billetera,  
mi voluntad casildera  
casildar debe querer,  
porque casi me encasildo,

Casilda, por ti y me abraso;  
si con Casilda me caso,  
casi engendraré un cabildo  
de Casildicos entero,  
que en cada casa y lugar  
se casen por casildar  
con el nombre casildero.

CASILDA: ¿En qué bodegón comimos,  
señor tahir de vocablos?

CARREÑO: Señora afeitá-retablos,  
en ése donde estuvimos.  
¿No es hembra? Yo, ¿no soy hombre?  
¿Qué la sobra o qué me falta?  
Sepa que el alma me asalta  
la semejanza del nombre  
que al mío principios da  
con las dos letras primeras  
que el suyo.

CASILDA: ¡Ay Dios! ¡Qué frioleras!

CARREÑO: ¿Casilda no empieza en ca?  
¿En ca Carreño no empieza?  
Pues si principios juntamos  
y con ellos nos casamos,  
dueño yo de tal belleza,  
del ca que mi nombre saca  
y el ca que en Casilda vemos,  
no es milagro que engendremos  
un niño que diga caca.

CASILDA: Algo espeso es el conceto.

CARREÑO: Guisóle un ingenio ralo;  
vaya el ralo para malo;  
tú eres cuerda, yo discreto;  
si don Baltasar se casa  
con mi sá doña Mayor,  
¿quién te puede estar mejor,  
pues todo se cae en casa?  
Acción los lacayos tienen  
a fámulas de las damas,  
pues son amos y son amas.

CASILDA: ¿Qué es aquello?



CARREÑO: Van y vienen  
de Madrid y de Toledo  
carros que, dándose vaya,  
son galeras de esta playa.

CASILDA: Pues oigámoslos.

CARREÑO: No puedo;  
si no quedo tu privado  
y en astillero mi amor.

CASILDA: Lo que fuese del señor,  
eso será del criado.

*Dentro*

UNA VOZ: *"El sombrero de tema  
y el rostro zaino,  
mi moreno me mira  
a lo renegado.*

MUCHAS VOCES: *¡Jesús! ¡qué enojo!  
¡Jesús! ¡qué enojo!  
Morenico del alma,  
levanta el rostro.*

OTRA VOZ: *De Madrid a Getafe  
ponen dos leguas;  
veinte son si la calle  
se pone en cuenta.*

MUCHAS VOCES: *¡Jesús! ¡qué larga!  
¡Jesús! ¡qué larga!  
No me lleves por ella,  
Diego del alma."*

CARRETERO 1º: Deja de tañer el muerto,  
pues eres pandero vivo.

CARRETERO 2º: ¿Quién te mete en eso, chivo?

CARRETERO 3º: Dalas, carretero tuerto,  
y callen los mariones.

CARRETERO 4º: Señores berengeneros,  
si pares, digo los cueros,  
si cueros, digo los nones.

CARRETERO 1º: Ballenatos, ¡la ballena!  
que se os escapa el río abajo.

CARRETERO 2º: ¿Cuántas ha dado el badajo?  
CARRETERO 1º: Ballenato.  
CARRETERO 2º: Berengena.  
CARRETERO 3º: Zupia.  
CARRETERO 4º: Mienten los vinorres.  
CARRETERO 1º: Echa ese estiércol, borracho.  
CARRETERO 2º: ¡Ah, mula! Dalas, muchacho.  
MUCHAS VOCES: Que te corres, que te corres.

UNA VOZ: *"Labradoras Getafe,  
Leganés mozos,  
Torrejón casaditas,  
Pinto uno y otro.*

MUCHAS VOCES: *¡Jesús! ¡qué lindos!  
¡Jesús! ¡qué lindos  
Torrejón, Valdemoro,  
Getafe y Pinto!"*

CARREÑO: Esta sí ¡cuerpo de Dios!  
que es tierra alegre y sin miedo.  
¡Oh gran Madrid! ¡Oh Toledo!  
Dios me mate entre los dos.

*Sale don LUIS*

LUIS: Alto, Casilda, de aquí,  
a almorzar.

CASILDA: ¿Han ya acabado  
los señores?

LUIS: Ya han alzado  
las mesas.

*[Hablan aparte CARREÑO y CASILDA]*

CARREÑO: (Hermana, sí  
o no; de presto, decildo.)

CASILDA: (Dejarámelo pensar.)

CARREÑO: (Carreña te has de llamar,

¡vive el cielo!)

CASILDA: (¿Y tú?)

CARREÑO: (Casildo.)

*Vanse CARREÑO y CASILDA. Sale don  
BALTASAR*

BALTASAR: Hase quebrado una rueda,  
y es fuerza arrancar más tarde.

LUIS: ¡Un turco la flema aguarde  
de un coche!

BALTASAR: Medrano queda  
dando prisa al aderezo.

LUIS: ¿Mas que no llegamos hoy  
a Madrid?

BALTASAR: ¿No? Yo le doy  
mi fe, si a correr empiezo  
y las reatas acoto,  
que llegue con más de un hora  
de sol allá. Escuche agora;  
mientras está el coche roto,  
pues mi padrino ha de ser  
y me tengo de casar,  
¿no sería bueno hablar  
a mi suegro, y no perder  
tiempo?

LUIS: Sí, que el que comienza  
lo más hace; habladle vos.

BALTASAR: ¿Yo?

LUIS: Pues ¿quién?

BALTASAR: ¡Bueno por Dios!

LUIS: ¿Por qué no?

BALTASAR: Tengo vergüenza.

LUIS: ¿Qué hiciera la desposada?

BALTASAR: Yo en estas cosas soy nuevo;  
dígaselo él.

LUIS: No me atrevo.

BALTASAR: Pues si no, no hay hecho nada;  
descasaréme sofato, (*ipso facto*)

en no tratándose aquí;  
a ella le va más que a mí.

LUIS:           (¡Hay más simple mentecato!)  
                  ¿No aguardaréis coyuntura  
                  en Madrid?

BALTASAR:           ¡Gentil espacio!  
                  ¿Somos novios de palacio?  
                  Aquí hay confites y cura;  
                  boda que llega a enfriarse,  
                  dizque llega a arrepentirse:  
                  o dejallo u conclüirse.

*Salen don ALONSO, doña MAYOR, doña ELENA, don  
                  FELIPE, CASILDA y CARREÑO*

ALONSO:           ¡Miren dónde fue a quebrarse  
                  la rueda!

MAYOR:           ¿Qué hemos de hacer,  
                  sino sufrir y esperar?

ALONSO:           Dura un hora en un lugar  
                  más que un día.

LUIS:           Entretener  
                  os quiero mientras partimos.  
                  Habéis de saber, señor,  
                  que medra doña Mayor  
                  de consorte.

ALONSO:           Ya supimos  
                  que Berrío la ha mirado  
                  con achaques de marido.

BALTASAR:       ¿Quién? ¿Yo? La señora ha sido  
                  quien en tal flaqueza ha dado.

ALONSO:           Luego ¿ella os ruega?

BALTASAR:           Pues ¿no?  
                  ¿En esa ignorancia están?  
                  A la vista de Magán,  
                  cuente ella lo que pasó;  
                  que yo de mis viñas vengo.

ALONSO:           Será como lo decís.  
                  ¿Mayor no ama a don Lüis?

MAYOR: Poca voluntad le tengo.  
ALONSO: ¿Y le ha parecido bien  
Lucas?  
MAYOR: Extremadamente.  
ALONSO: Don Luís, como prudente,  
conociendo su desdén,  
no quiere mujer forzada.  
MAYOR: Sólo en eso fue discreto.  
ALONSO: Soy padre suyo, en efeto;  
temo verla mal casada.  
¿No haré un acertado empleo,  
si se la doy a Berrío?  
ELENA: Pues ¿no? ¡Jesús, señor tío!  
Yo infinito lo deseo.  
LUIS: Ya yo le he dado mi voto.  
FELIPE: Lo demás fuera rigor.  
CASILDA: Medraré con tal señor.  
CARREÑO: A ese parecer me acoto.  
ALONSO: Pues yo no lo contradigo,  
ya que todos me lo alaban.  
BALTASAR: Ténganse; luego ¿pensaban  
que está acabado conmigo?  
Sepamos primeramente  
el dote que me han de dar.  
ALONSO: Si Mayor me ha de heredar,  
no hay en eso inconveniente.  
Decidnos vos vuestra hacienda.  
BALTASAR: ¿Piensan que el casarse es paja?  
Quien destaja, no baraja.  
Yo tengo, porque lo entienda,  
un solar en Lavapiés  
que, según mi hermano dijo,  
en muriéndosele un hijo,  
se ha de partir entre tres;  
en Torrejón dos majuelos,  
que agora se han de plantar;  
ítem más, un melonar  
que he comprado en Cienpozuelos,  
y, si acierta la calaña,  
no es su ganancia pequeña;

ítem más, tengo una haceña  
y una casa en la montaña  
    que, aunque se las llevó el río,  
fácil alzarse podrán;  
¿no es bueno el coche en que van?  
pues la mitad de él es mío;  
    tres mulas y un macho romo,  
y mi soldada cumplida  
para la Pascua florida,  
treinta ducados.

ALONSO:                     ¡Y cómo  
    que es caudaloso el mancebo!

BALTASAR:       Sendos vestidos de paño,  
sin éste que compré antaño;  
tres jubones, éste nuevo,  
    y dos que echándoles mangas,  
harán también su feitura.

ALONSO:        ¡Como quiera es la ventura!  
Andaos a caza de gangas,  
    ¡y dejad perder tal yerno!

BALTASAR:       Tengo cinco camisones,  
dos sombreros, tres valones,  
y un gabán para el invierno;  
    en Indias un par de tíos,  
un sobrino colegial,  
y el doctor del hospital  
es deudo de deudos míos;  
    un familiar viejo y rico  
de la santa esquisición...  
Quedábaseme un lechón  
tamaño como un borrico,  
    además del racionero  
de Murcia, que dije ya.  
¿Es barro esto?

ALONSO:                     Bueno está;  
mi yerno sois y heredero.  
    Aquí habéis de desposaros;  
las manos los dos se den.

BALTASAR:        ¿Aquí?

ALONSO:                Sí.

BALTASAR:                   ¿En un santiamén?

ALONSO:                   Porque no podáis tornaros  
                                  atrás; que me estará mal,  
                                  si tan buen lance perdemos.

BALTASAR:                A mí, mas que mos casemos.

LUIS:                    (¡Que alegre está el animal!)

BALTASAR:                Mas yo holgaréme, señor,  
                                  que otros también se casaran,  
                                  y el trabajo acompañaran  
                                  del matrimonio. Mijor  
                                  será dar al tiempo riendas;  
                                  presto los meses se pasan;  
                                  de doce en doce se casan  
                                  los más por carnestollendas;  
                                  para entonces lo dejemos.

MAYOR:                   ¿Para entonces? No, Berrío;  
                                  no, padre; no, Lucas mío.

BALTASAR:                A mí, mas que mos casemos;  
                                  pero a solas, sentirélo.

FELIPE:                   Pues hagamos una cosa;  
                                  deme doña Elena hermosa  
                                  la mano, pues quiso el cielo  
                                  que la adore.

ELENA:                    En hora buena.

ALONSO:                   Alto, si ello está de Dios,  
                                  cásense de dos en dos.

MAYOR:                   Por muchos años, Elena.

ELENA:                    Para servir a mi prima  
                                  y a mi primo el sobrestante.

BALTASAR:                Señores, báilese y cante.

LUIS:                    (¿No ven cómo se le arrima?)

ALONSO:                   (Por Dios, que es el mejor rato  
                                  que nunca pensé tener.)

BALTASAR:                Asentémonos, mujer.

LUIS:                    Aparta allá, mentecato.

BALTASAR:                Pues ¿qué tenemos?

ALONSO:                   Dejalde.

*A don LUIS*

FELIPE: (¡Oh, si nos desbaratáis  
la fiesta...)

ALONSO: Muy bien estáis,  
yierno, asentaos; Mayor, dalde  
la mano; yo gusto de eso.

*A don ALONSO*

LUIS: (Para burlas bueno está.  
Ea, acábese esto ya.)

ALONSO: (¿Estáis en vos? ¡Gentil seso!  
Pues hácenos merced Dios  
en darnos con que alegrar  
molestias del esperar,  
¿y alborotáisnoslas vos?)

*A don Luis*

ELENA: (Quien no tiene gusto en esto,  
preciarse de hombre no es justo.)

LUIS: (¡Oh pesia a tal, con el gusto  
tan pesado y tan molesto!  
¿Queréis que permita yo  
que la mano a un bruto dé?)

ALONSO: (Dejadnos, por Dios.)

LUIS: (Sí haré.)

BALTASAR: Pues Casilda, ¿en qué pecó?  
[.....-era?]  
Busquémosla un desposado.

ALONSO: Ha dicho bien.

FELIPE: Mi criado,  
como Casilda lo quiera,  
no tendrá gusto pequeño,  
que yo sé que la enamora.

CASILDA: Pues se casa mi señora,  
vaya.

FELIPE: Llégate, Carreño.



CARREÑO: Llego: esos nudos aplica.  
CASILDA: Tuyos con el alma son.  
CARREÑO: Casamiento de mesón  
fayancas me pronostica.  
CASILDA: Aquí hay guitarra y pandero,  
que es provisión de posadas.  
ALONSO: Pues bailen las desposadas.  
BALTASAR: Aseguremos primero  
las bodas. Señora, diga,  
¿quiere, en fin, ser mi mujer?  
MAYOR: Pues ¿no había de querer?  
Digo que sí.  
BALTASAR: ¿Y que se obliga  
a quedarlo desde aquí  
para delante de Dios?  
MAYOR: Mil veces sí. ¿Queréis vos  
ser mi marido?  
BALTASAR: Re-sí.  
LUIS: (¡Vive Dios!, que me dan pena [Aparte]  
estas burlas. ¡Que haya humor  
que guste de esto!)  
BALTASAR: El señor  
¿da el sí a la señora Elena?  
FELIPE: De marido y de mi dueño.  
BALTASAR: ¿Y ella?  
ELENA: El alma con el sí.  
BALTASAR: ¿Y Casilda?  
CASILDA: Ya le di  
la mano.  
BALTASAR: ¿Quiere Carreño  
ser su esposo?  
CARREÑO: Y enterralla?  
ELENA: Testigos hay, no los llamen.  
BALTASAR: Todos dicen *amen, amen*,  
sino es don Sancho que calla.

*Señalando a don LUIS*

MAYOR: ¿Qué importa, si os quiero yo?

BALTASAR: Eso bonda: alto, a bailar,  
y al que le diere pesar,  
que le haga mala pro.

*Bailan. Sale MEDRANO*

MEDRANO: Ya está aderezado el coche;  
vengan a poner el hato.

ALONSO: Yo he tenido un lindo rato.

LUIS: Vamos; que, aunque sea de noche,  
habemos hoy de llegar.

ALONSO: Ea, Lucas, que en Madrid  
se hará lo demás; uncid.

BALTASAR: Allá nos pueden velar  
el domingo, Dios delante,  
señor suegro.

ALONSO: Así ha de ser.

BALTASAR: Entre, señora mujer.

MAYOR: Entro, señor sobrestante.

*Vanse todos, y al entrarse don BALTASAR, sale don DIEGO y le  
detiene*

DIEGO: Esperad, Lucas Berrío  
(si en fe de vuestra nobleza  
juzgáis a título honroso  
que os hable de esta manera),  
admitid mil parabienes  
del hábito en que en Illescas  
os halla quien esperaba  
dároslos de una encomienda.  
Váyale a pedir albricias  
a vuestro padre el que intenta  
(por que alegren tales cargos  
su vejez) medrar con ellas;  
que cuando la acción honrosa  
del marquesado se pierda,  
por eso la equivaldrá

el ser mozo de litera.  
Don Baltasar, ¿es posible  
que en vos mocedades puedan  
degenerar vuestra sangre,  
y alargar tanto la rienda  
a ilícitas travesuras,  
que en tan civil traje os vea  
quien, desmintiendo a sus ojos,  
se holgara que nunca os vieran?  
¿Vos mozo de mulas bajo?  
Afrentad enhorabuena  
vuestra sangre; pero no  
a la mía hagáis afrenta.  
Doña Ana de Castro os quiso  
tanto que, andando en las lenguas  
de toda su vecindad,  
es causa que el seso pierda.  
Persuadiónos, engañada,  
a la pretensión honesta  
que, enlazando corazones,  
logra en tálamos la Iglesia:  
amonestada con vos  
dos veces, y la tercera  
a punto de publicarse,  
¿qué faltas viste en ella  
para ocasionar venganzas  
a la sangre portuguesa,  
que en respetos semejantes  
o pierde el seso o se venga?  
Agradeced mi templanza;  
que, injuriado, bien pudiera,  
publicando aquí quién sois,  
sacaros a la vergüenza.  
Amor todo lo perdona;  
demos a la corte vuelta;  
abrid al honor los ojos;  
caballero sois; no pueda  
más el vicio que la fama  
en vos. Doña Ana os espera;  
reparad obligaciones,

o si no, salgamos fuera  
del lugar, donde la espada  
os obligue a hacer por fuerza,  
guiada de mi justicia,  
lo que no puede la lengua.

BALTASAR: Don Diego, bien sabéis vos  
lo que mi crédito arriesga,  
si con quien está casada,  
al cielo ofender intenta.

DIEGO: ¡Casada! ¿Cómo o con quién?

*Sale doña MAYOR*

MAYOR: (Desposada estoy de veras, [Aparte]  
aunque lo juzgue de burlas  
mi padre. ¡Gentil quimera  
nos ha pasado este día!  
¿Qué juicio habrá que crea  
que por mano de mi padre  
a darme la suya venga  
quien, tan lejos de su gusto,  
me quiere, y que lo consienta  
el mismo que a desposarse  
conmigo da tanta priesa?  
Yo a lo menos con el alma  
se la di; si es verdadera  
su voluntad, hecho está,  
suceda lo que suceda.)

DIEGO: Las cédulas que alegáis  
bastantes estorbos fueran,  
a no morir peleando  
don Rodrigo, en fin Almeida.

MAYOR: (¿Qué es esto, cielos? ¿Qué escucho?  
¿Ya hay perseguidor que venga  
a desbaratar mis dichas?  
¿Tan presto empezáis, sospechas?)

DIEGO: Testigo podéis ser vos,  
cuyos ruegos y promesas  
no han sacado de doña Ana

más que permitidas muestras  
de amor, si habrá don Rodrigo  
en cuanta correspondencia  
con ella tuvo, alcanzado  
cosa que agraviaros pueda.  
Viuda está en la voluntad;  
pero en lo demás defienda  
el recato de su fama  
su constancia y su entereza.  
Ella os adora, y aquí  
vuestra mocedad intenta  
imposibles que esta noche  
burlar vuestro amor es fuerza.  
Don Luís ha de casarse,  
segun dicen, a las puertas  
de Madrid; pues ¿qué intentáis  
de tan difícil empresa?  
Yo he de impedirlos a vos;  
y si la vida me cuesta,  
o habéis de cumplir palabras  
o habéis de morir por ellas.  
Determinaos brevemente.

MAYOR: (Amor, escuchad respuestas  
de una voluntad mudada  
que el oro de su fe prueba.  
Veamos qué le responde.)

BALTASAR: Ahora bien, don Diego, vengán  
obligaciones antiguas  
mis inclinaciones nuevas.  
Recelos bien indiciados  
pudieron sacarme fuera  
de juicio y de la corte:  
hoy hemos de entrar en ella.

DIEGO: Si se casan esta noche,  
como decís, poco cuesta  
dar fin a esta travesura,  
pues ya a entibiarse comienza.

BALTASAR: No receléis desde ahora  
que, animando diligencias,  
mi competidor amante

por mí a doña Mayor pierda.  
Ya veis que, siendo de día  
y caminando con ella,  
si me ausento o mudo traje,  
doy que notar en Illescas;  
sospechará don Lúis  
alguna cosa en ofensa  
de la opinión de su dama,  
no igualándola Lucrecia.  
Proseguiré este viaje  
y, aguardando a que anochezca,  
la dejaré en San Isidro,  
donde su tálamo aprestan,  
y en hábito generoso,  
verá vuestra prima bella  
las ventajas con que amores  
celosos su fuego aumentan.

MAYOR: (¡Oh mutable! ¿Así se pagan  
primores que menosprecian  
leyes de padre que obligan  
al yugo de obediencia?  
Ya yo soy tu esposa, ingrato.  
Cuando incasable me dejas,  
¿tu valor y mi fe agravias?  
Pues antes que tal consienta,  
te he de hacer quitar la vida.)

DIEGO: Agora que os aconseja  
la sangre que ilustre os honra,  
contra lo que el gusto aprueba,  
os doy los brazos de amigo.

MAYOR: (¡Ay Dios! ¡Si de tigre fueran!)

DIEGO: En San Isidro os aguardo.

BALTASAR: Son vigilia de su fiesta  
los celos en los amores.  
Dad a mi enojada prenda  
mil disculpas de mi parte.

DIEGO: Y mil placeres con ellas.

*Vase. Salen don ALONSO, doña ELENA, don  
LUIS, CASILDA, MEDRANO*

ALONSO: Mayor, ¿qué aguardas? Partamos,  
que es tarde.

LUIS: Lucas, daos prisa;  
sacad la mula a mi esposa.

BALTASAR: ¿Su quién?

LUIS: Iba a decir, vuestra.  
Acabemos, pues, que es tarde.

MAYOR: Primero que suba en ella,  
lleven preso a ese homicida.

ALONSO: ¿A quién?

MAYOR: A ese hombre. ¿Qué esperan?

ALONSO: ¿Estás en ti?

MAYOR: No lo he estado;  
ya desengañada y cuerda,  
convalece mi jüicio.  
Vaya preso.

BALTASAR: ¿Habla de veras?

MAYOR: (Porque os casasteis de burlas.)

BALTASAR: ¿Qué hice yo porque me prendan?

MAYOR: Vos matasteis a González.

ALONSO: ¿Cómo?

BALTASAR: ¿Yo?

MAYOR: Vos, buena pieza.  
Ahora se lo contaba  
a otro hombre y, sin que me vieran,  
lo escuché desde aquí todo.

BALTASAR: (¡Mi bien!)

MAYOR: No me hable a la oreja.

BALTASAR: (¿No quedamos que en Madrid  
me prendiesen?)

MAYOR: (Ya van fuera  
las burlas; esto es verdad;  
así mi agravio se venga.)

ALONSO: ¿Que este hombre mató a González?

MAYOR: Sí, señor. ¡Miren cuál queda  
la pobre Mari-Rodríguez  
con dos criaturas pequeñas!  
Leche su madre me ha dado,

y está la afligida vieja  
casi ciega de llorar.

ALONSO: Llamad la justicia.

BALTASAR: Fuera.

Ninguno se acerque, digo,  
si no es que aburrida tenga  
la vida; apártense a un lado.

*Hácese lugar por en medio de todos, y  
vase*

ALONSO: Tenedle, cerrad las puertas.

MEDRANO: Es hombre que dice y hace.

MAYOR: Vayan tras él; si no, adviertan  
que no he de salir de aquí  
hasta tanto que le prendan.

ALONSO: Déjale; vaya con Dios;  
que embargarán la litera  
y el coche por la justicia,  
con que agora nos detengan.  
Hagamos nuestra jornada;  
que cuando allá no parezca,  
siendo el medio coche suyo,  
aunque poco, al fin es prenda.  
El solar de Lavapiés  
lo pagará, u de mi hacienda  
remediaré viuda y hijos.

MAYOR: ¿Eso dices?

ALONSO: Calla, necia;  
no lo oigan en la posada,  
que no lo sabrán apenas  
cuando la justicia estorbe  
nuestro camino.

*Salen don FELIPE y CARREÑO*

FELIPE: ¿Hay pendencia?

¿Qué es esto, señores?



ALONSO: Nada.  
MAYOR: (¡Ay don Felipe! Desprecia  
mi amor vuestro falso amigo;  
id tras él; que se me ausenta,  
y se va a casar con otra.)  
FELIPE: (¿Qué decís?)  
MAYOR: (Que el verme muerta  
y el perderle todo es uno.  
Mi desdicha en vos espera.)  
ALONSO: Saquen las cabalgaduras.  
LUIS: ¡Que tantas cosas sucedan  
desde Toledo a Madrid!  
ALONSO: Pues aun nos faltan seis leguas.

*Vanse todos, menos don FELIPE y  
CARREÑO*

FELIPE: Carreño, prevenme postas.  
CARREÑO: Pues ¿para qué?  
FELIPE: Hay cosas nuevas  
que sabrás por el camino.  
CARREÑO: Dios nos saque con bien de ellas.

*Vanse. Salen PACHECO y GARCÍA*

PACHECO: ¿Está ya aderezada  
la cena?  
GARCÍA: Y de esperar, casi pasada.  
PACHECO: No hayáis miedo que tarden.  
Mejor es aguardar, que no que aguarden.  
GARCÍA: En fin, ¿en esta ermita  
resuelven desposarse?  
PACHECO: Solicita  
amor ahorrar de plazos,  
y escúsanse convites y embarazos.  
GARCÍA: ¿Cuántos serán de mesa?  
PACHECO: Seis o siete no más. Démonos priesa.  
GARCÍA: ¿En qué, si ha ya dos horas

que desean parir las cantimploras?  
PACHECO: Será comadre el vidrio  
del nevado licor; mas San Isidro  
nos brinda con la fuente  
que de Juan aplacó la sed ardiente.  
GARCÍA: Quita las calenturas.  
PACHECO: No las de amor que, honesto, son seguras.  
GARCÍA: ¡Quién viera dilatada  
esta ermita, a tal santo dedicada!  
PACHECO: ¡Milagroso aldeano,  
que ya en el cielo es rey y es cortesano!  
GARCÍA: Bien aquí pareciera  
un convento magnífico.  
PACHECO: Estuviera  
devoto y adornado,  
y dejara a Madrid autorizado.  
GARCÍA: Su patrona es la villa;  
algún día lo hará. ¿Y en la capilla  
han de cenar?  
PACHECO: Escojan;  
que en el campo calores no congojan,  
pues ha de ser de noche.  
GARCÍA: Ameno está aquel prado.  
PACHECO: Éste es el coche.  
GARCÍA: Andad, que son dos carros.  
¿No escucháis de sus mozos los desgarros?

*Salen don FELIPE y CARREÑO*

FELIPE: Si doña Ana ha podido  
resucitar a amor puesto en olvido,  
y con ella se casa  
don Baltasar, doña Mayor se abrasa  
de celos; y en su pena  
interesada, perderé a mi Elena.  
CARREÑO: Yo no poco me holgara  
que en favor de doña Ana sentenciara  
la voluntad traviesa;  
que es digna de adorar la portuguesa.

FELIPE: ¿Dónde se habrá escondido  
don Baltasar, que hallarle no he podido?

CARREÑO: En casa de doña Ana.

FELIPE: En ella me apeé; mas salió vana  
mi diligencia.

CARREÑO: ¿Y llora?

FELIPE: Risueño llanto contemplé en su aurora.

*Se acercan a PACHECO y GARCÍA*

FELIPE: Hidalgos, ¿son criados  
del señor don Luís?

GARCÍA: Sus paniaguados.

FELIPE: ¿Tendránle prevenida  
la cena aquí?

GARCÍA: Y con nieve la bebida.

FELIPE: Pues yo me aparté de ellos  
en Illescas no ha mucho, y son aquéllos,  
si no me engaño.

*Dentro*

ALONSO: Para.

PACHECO: ¡Hola! ¡A poner a asar!

*Vanse PACHECO y GARCÍA*

[FELIPE:] ¡Oh noche clara!  
¡Qué de nubes que esperas,  
de celos, confusiones y quimeras!

*Vanse don FELIPE y CARREÑO. Salen don  
ALONSO, doña MAYOR, don LUIS, doña ELENA, y  
CASILDA*

MAYOR: No tienen que persuadirme;

que mientras no le pusieren  
en la cárcel, no hay casarme.

ALONSO: Pues ¿qué dependencia tienen  
de su prisión estas bodas?

MAYOR: Yo me entiendo y Dios me entiende.

LUIS: Mi bien, si en la Babilonia  
de la corte no parece,  
¿por eso es razón que yo  
lo padezca?

MAYOR: Diligencie  
vuesa merced mi venganza,  
o no diga que me quiere.

ALONSO: ¡Válgate Dios por camino!  
Mayor, ¿qué es esto que tienes?  
¿Si las congojas del sol  
te han quitado el seso?

MAYOR: Lleven  
al homicida a la cárcel,  
y entonces verán qué alegre  
a don Luis le doy la mano;  
pero si no, desesperen.

CASILDA: Ella ha dado en ser temosa.

ELENA: Prima...

LUIS: Esposa...

ALONSO: Hija...

MAYOR: ¿Quieren  
que me arroje de aquí abajo?  
O se vayan o me dejen.

LUIS: Casémonos; que, casados,  
aunque la hacienda me cueste,  
no descansaré hasta hallarle.

MAYOR: No he de casarme hasta verle  
en la cárcel por mis ojos;  
denme este gusto, y sosieguen  
con que seré esposa al punto  
del señor don Luis.

LUIS: ¿Qué tiene  
que ver lo uno con lo otro?

MAYOR: Yo me entiendo y Dios me entiende.

*Sale don FELIPE*

FELIPE: Señores...

MAYOR: ¡Ay don Felipe!  
¿Pareció Lucas?

FELIPE: Déjéle  
en Santa Cruz retraído.

MAYOR: ¿Ven como él le dio la muerte?

ALONSO: Pues ¿de cuándo acá amas tanto  
al difunto?

MAYOR: Diome leche  
su madre, y he de vengar  
la sangre de un inocente.

LUIS: Pues, estando retraído,  
¿cómo habemos de prenderle?

MAYOR: Yo sé dónde le hallarán,  
si le buscan diligentes,  
esta noche.

ALONSO: Dinos dónde.

MAYOR: Prenderánle, como acierten  
en casa de una doña Ana  
de Castro, infaliblemente.

LUIS: ¿Dónde vive?

MAYOR: ¿Qué sé yo?  
Diránlo sus portugueses.

CASILDA: Buscad a San Pedro en Roma.

LUIS: Ella está loca.

ALONSO: ¿Qué sientes,  
hija? ¿Si me la han aojado?

MAYOR: Yo me entiendo y Dios me entiende.

*Salen don BALTASAR, muy bizarro, y  
CARREÑO*

BALTASAR: Mil veces sean bien venidos  
a Madrid vuestas mercedes.

ALONSO: Y vos, señor, bien llegado.  
¿Qué mandáis, pues?

BALTASAR:                   Que se quieten  
                  todos estos sobresaltos,  
                  y doña Mayor alegre  
                  con su mano mi esperanza.

LUIS:           ¿Cómo es eso?

BALTASAR:                 No se altere  
                  ninguno; Lucas Berrío  
                  está aquí; si ya no quieren  
                  que sea don Baltasar  
                  de Córdoba, que pretende  
                  llevar su esposa a su casa.

LUIS:           ¿Quién es su esposa?

BALTASAR:                 Bien pueden,  
                  si todos fueron testigos,  
                  a sí mismos responderse.  
                  ¿No nos desposó su padre  
                  en Illescas? ¿Qué pretenden?

CARREÑO:       Encorozar nuestra novia,  
                  si la hacen casar dos veces.

ALONSO:       Ésa fue boda de burlas.

BALTASAR:     Yo de veras hablé siempre.

MAYOR:       Y yo también.

LUIS:                    ¡Oh traidores!  
                  Armas tengo que me venguen.

FELIPE:       Perderéis; don Luís,  
                  deteneos y, más prudente,  
                  envidiad conformidades  
                  que se aman y os aborrecen.  
                  Don Baltasar es tan noble,  
                  que en Córdoba resplandece  
                  para gloria de su fama  
                  la luz de sus ascendientes;  
                  seis mil ducados de renta  
                  la senectud le promete  
                  de un siglo de años que presto  
                  marqués imagina verle;  
                  mirad con quién competís.

LUIS:        Nada mi sangre le debe;  
                  mis agravios, sí, infinito;  
                  pero Madrid tiene jüeces

y mi satisfacción armas.

*Vase*

CARREÑO: Eso sí, vaya y pleitee,  
dejándonos a la novia.

*Sale don DIEGO*

DIEGO: Don Baltasar, hoy suceden  
las cosas a vuestro gusto.  
Don Rodrigo, cuya muerte  
fingió el vulgo mentiroso,  
está en la corte y previene  
confirmar cédulas nobles  
con las obras, que agradece  
mi prima, ya esposa suya.

BALTASAR: Siglos en vez de años cuentan.

MAYOR: De ese modo asegurada,  
sólo falta que nos eche  
mi padre su bendición.

ALONSO: Vaya, pues que Dios lo quiere.  
Mas ¿fue de veras también  
el desposorio solemne  
de Elena y de don Felipe?

FELIPE: Pues ¿de eso dudáis?

ALONSO: Celebren  
unas y otra vuestra industria.

CARREÑO: Y digan vuestras mercedes,  
las nuestras ¿en qué pecaron?

BALTASAR: Dote os daré competente.

ALONSO: Vamos a cenar ahora.

BALTASAR: Esto y mucho más sucede  
desde Toledo a Madrid,  
aunque es jornada tan breve.

FIN DE LA COMEDIA